

Álvaro Capalvo

Los
Celtas
en Aragón

Testimonios antiguos



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-97 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Álvaro Capalvo

I.S.B.N.: 84-95306-83-2

Depósito Legal: Z. 342-01

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



EL NOMBRE DE LOS CELTAS (O GALOS)	5
EL PAÍS DE LOS CELTAS	11
EL ARAGÓN ANTIGUO SEGÚN LOS GEÓGRAFOS GRIEGOS Y ROMANOS	15
LA GUERRA DE COMPLEGA	31
SEGEDA. LA GUERRA QUE CAMBIÓ EL CALENDARIO	47
LA CAMPAÑA DE FULVIO NOBÍLIOR	53
LA CAMPAÑA DE CLAUDIO MARCELO	61
DOS PASAJES DE LA GUERRA DE SERTORIO	73
LAS INSCRIPCIONES DE BOTORRITA	79
BIBLIOGRAFÍA	92

EL NOMBRE DE LOS CELTAS (O GALOS)



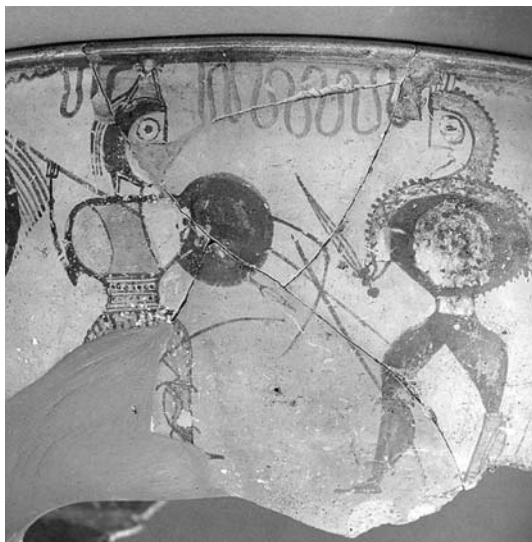
Celta fue una denominación que usaron los miembros de ese pueblo para referirse a sí mismos, y fue también ése el nombre que les dieron los griegos, que casi siempre se refirieron a ellos con la expresión *keltoi*, esto es, «celtas». Los romanos, en cambio, no usaron esa expresión en latín salvo en raras excepciones, sino que utilizaron en su lugar la palabra *galli*, esto es, «galos». Quede claro, por tanto, que los dos nombres, celta y galo, son sinónimos e intercambiables, y que las dos denominaciones se refieren a un mismo pueblo.

Por ello es errónea la tradición literaria española de mantener ambas palabras, y traducir por «celtas» el *keltoi* griego y por «galos» el *galli* latino. La demostración de que esto es así se encuentra, por ejemplo, en las obras griegas y romanas que narraron la Guerra de Haníbal: los autores que la escribieron en griego (algunos de ellos, romanos de nacimiento) pusieron siempre *keltoi*, mientras que los que redactaron en latín, al relatar los mismos hechos y aludir a esas mismas gentes, escribieron siempre *galli*.

Algo parecido es lo que sucedió con las expresiones hiberno e hispano. La primera tiene origen griego y la

segunda cartaginés y romano, pero ambas designan una misma cosa: al habitante de la Península, a la que los griegos llamaron Hiberia y los romanos Hispania. La costumbre literaria de mantener en español las cuatro denominaciones citadas, celta y galo, hiberno e hispano, ha creado una confusión histórica y étnica nada deseable.

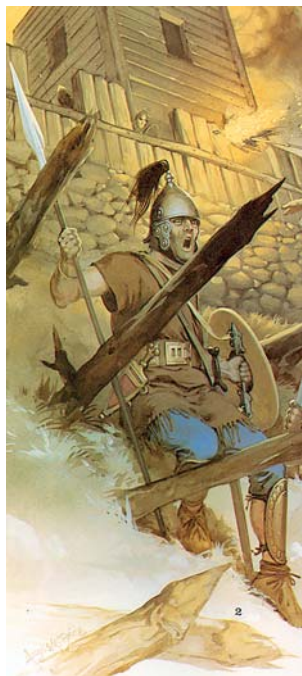
Así, pues, quede claro al lector que aquí se hablará sólo de celtas y de hibernos, por mantener el uso más antiguo y



Guerreros celtibéricos en una cerámica de Numancia (Foto: Museo Numantino)

extendido, y que esas dos voces no son excluyentes: dado que se llamó Hiberia al conjunto de la Península, es por ello que la voz hiberos denominó a todos los pueblos peninsulares, cualesquiera que fuesen su lengua, costumbres o el color de su piel o de su cabello. Es decir, que nadie debe sorprenderse si lee en estas páginas, por ejemplo, que los celtíberos lusones eran un pueblo de hiberos, ya que esos lusones quedaron agrupados dentro del concepto de los celtas por su cultura o por su raza, o por ambas cosas, pero como habitantes de la Península, esto es, de Hiberia, también fueron considerados hiberos. Y una última precisión sobre el nombre de estos últimos: debe escribirse tal y como se ha indicado, con «h» aspirada inicial, que es como siempre se puso en latín; la historia de cómo perdió ese nombre la aspiración inicial tiene que ver con los copistas bizantinos del siglo IX, pero no es asunto que deba tratarse aquí.

Otra cuestión es el origen del nombre de los celtíberos. Es de sobra conocida la teoría antigua (pero no por ello correcta) que explica esa denominación por un proceso de mestizaje de celtas e hiberos, que resume Diodoro Sículo en un famoso pasaje: «como ya hemos hablado suficientemente de los celtas, trasladaremos la historia a sus vecinos los celtíberos. Pues éstos, los hiberos y los celtas, después de guerrear en otro tiempo unos contra otros por motivo de la tierra, se habían reconciliado después y habitado la tierra en común, e incluso habían convenido entre ellos



*Representación figurada de
un soldado celtibérico
(Dibujo de Angus McBride)*

alianzas matrimoniales, y por su mezcla recibieron precisamente este nombre. Como se mezclaron dos pueblos fuertes y era fértil la tierra que poseían, ocurrió que los celtíberos llegaron a adquirir amplia celebridad e incluso, tras haberse resistido durante largo tiempo a los romanos, sólo con dificultad fueron vencidos» (D. S. 5. 33).

Esa explicación que recoge Diodoro, sin embargo, no tiene ninguna base histórica, y es mucho más razonable preferir esta otra: «celtíbero» es como decidió llamar a los celtas que vivían en el territorio denominado Hiberia un autor que escribió en lengua griega. Del análisis de los textos antiguos conservados, se deduce que el posible inventor de la palabra fue un senador romano llamado Fabio Píctor, que escribió en griego la historia de la II Guerra Púnica; y es que

antes de esa guerra nadie utilizó nunca la expresión «celtíbero», a pesar de que numerosos autores antiguos escribieron sobre Hiberia; y, además, los celtíberos fueron men-

cionados durante esa guerra sólo en los relatos que parecen provenir de la historia prorromana de ese Fabio Píctor, mientras que en otros relatos sobre esa guerra que se cree provienen de fuentes procartaginesas se habla siempre de celtas.

Notas breves sobre los celtas

■ No parece que sus rasgos físicos estuvieran muy marcados: eran de raza blanca, pero los había tanto rubios como morenos, altos o bajos. Y tampoco es seguro que las creencias religiosas o sus costumbres fuesen las mismas para todos los celtas; de hecho, el único rasgo común a todos ellos pudo ser la lengua, y ni siquiera ésta fue del todo uniforme, ya que hablaron idiomas muy emparentados entre sí, pero no uno solo. Fueron lenguas (y todavía lo son) de las llamadas indoeuropeas, próximas al latín o al griego; y hoy perviven en el actual irlandés, en el galés y en el bretón, los tres pueblos que mantienen vivo su carácter céltico.

■ Palabras célticas antiguas fueron *sego* (victoria —de ahí Sigüenza), *briga* (monte —Nertóbriga, en torno a la actual Almunia de Doña Godina), *dunum* (fortaleza —Berdún, como el Verdún francés), *anas* (pantano —Guadiana), *pennos* (cabeza —y quizá de ahí Peña) o *ambos* (río —Amposta). El español actual ha conservado palabras celtas en el habla común, entre ellas

«gordo», «carro», «braga», «camino», «legua», «jabón» o «novio» (que es como se decía «nuevo» en celta).

■ La cultura material de los diferentes pueblos celtas no fue uniforme. Los tipos de utensilios metálicos y cerámicos que usaron variaban de unas regiones europeas a otras, según las materias primas de cada lugar, el clima o las costumbres peculiares de cada grupo, y en función también de las diferentes influencias culturales que recibieron de otros pueblos.

Por ejemplo, muchas inscripciones celtas del valle del Ródano se escribieron en alfabeto griego, por influencia de la colonia de Marsella; en cambio, en la Península, los celtas adoptaron un sistema de signos por sílabas y nunca utilizaron las letras del griego clásico para sus escritos.

■ Se ha conservado literatura céltica de época medieval. La obra más famosa es la llamada *Mabinogion*, una colección de relatos escritos en galés hacia el siglo XI, muy valiosa por documentar muchas palabras que son de ayuda para el estudio del celta antiguo. Allí aparece, por ejemplo, la palabra *cantref*, «ciudad», «poblado principal de una comarca», que es la misma del nombre de Contrebia, la denominación celta del importantísimo yacimiento arqueológico próximo a Botorrita.

EL PAÍS DE LOS CELTAS



La tierra llamada «Céltica», según la mayor parte de los autores antiguos, se correspondía en líneas generales con la actual extensión de Francia, Bélgica y Suiza; esto es, las regiones europeas en las que ha pervivido la lengua francesa. Ése es el contenido de la famosa descripción con la que comenzó César la *Guerra de las Galias* y a la que ya antes se ha aludido: «toda la Galia está dividida en tres partes, de las cuales los belgas habitan una, los aquitanos otra, y la tercera los que se llaman celtas en la lengua de ellos mismos y galos en la nuestra. Todos estos difieren entre sí por el lenguaje, las instituciones y las leyes».

No es seguro si esa Céltica definida por César fue la patria original de los celtas. Pero sí se sabe a ciencia cierta que los hubo en más lugares de Europa, aparte de en los antiguos territorios de Francia, Bélgica y Suiza. Por ejemplo, en el valle del Po, al norte de Italia, que fue colonizado por pueblos celtas ya en época histórica, de ahí que fuera llamada la *Gallia cisalpina*, esto es la «Céltica del lado de aquí de los Alpes» (mirando desde Roma, claro está). Es también el caso de la Península, ocupada en buena parte por pueblos que los antiguos identificaron como celtas. Sin embargo, dado el éxito de las denominaciones Hiberia e Hispania, y la necesidad de distinguir con nom-

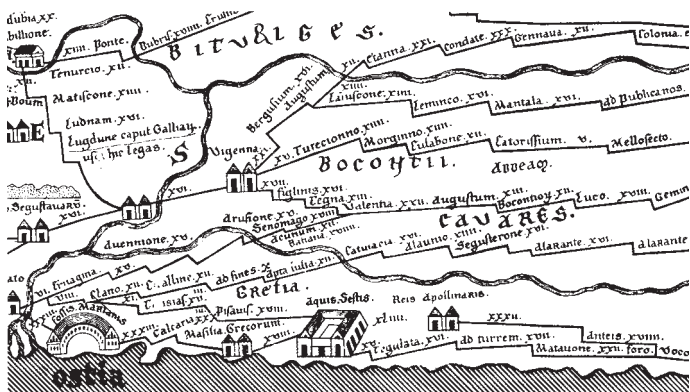
bre diferente a los países situados de uno y otro lado del Pirineo, la denominación de Céltica para la Península quedó pronto abandonada.

Ciertamente, numerosos autores griegos y latinos informaron en sus obras de historia y geografía sobre la existencia de pueblos celtas dispersos por toda la Península, a los que llamaron, en griego, *keltoi* y *keltiberes*, y en latín *galli* o *celtiberi*. Denominaciones que, según lo que hoy se conoce, aludieron todas a pueblos celtas, sin que pueda saberse a ciencia cierta, bueno es reiterarlo, si ese carácter céltico que les reconocían griegos, cartagineses o romanos residía en su aspecto, su lengua o sus costumbres.

Algunos de esos escritores clásicos, de entre los más antiguos (es el caso de Éforo, por ejemplo, que vivió en el siglo IV a. C.), llegaron a decir que la Céltica ocupaba la mayor parte de la Península, hasta Gades; y lo decían en una época en la que de España sólo se conocía la costa mediterránea y cuando, al parecer, tan sólo se llamaba hiberos a los tartesios, el pueblo casi mítico que vivía al oeste de Gades.

De algunos de esos celtas de Hiberia se sabe que no eran originarios de la Península y que procedían de emigraciones célticas, llegadas del otro lado del Pirineo. El caso más evidente es el de los berones, los habitantes de la actual Rioja, de los que decía el geógrafo Estrabón

(siglo I a. C.): «llegados con la emigración céltica». Sin embargo, según los actuales conocimientos, es imposible saber si todos los pueblos celtas peninsulares llegaron emigrados desde la Céltica tradicional, la «francesa», ni tampoco si pudo ocurrir lo contrario: que algunos de los pueblos de la Céltica «española» hubieran sido en realidad los más antiguos, y que de ellos provinieran los celtas del resto de Europa. El desciframiento de la lengua celtibérica, hoy todavía un enigma, podría significar un gran avance en esas investigaciones sobre el origen de los celtas.



El sur de la Céltica francesa según la Tabula Peutingeriana

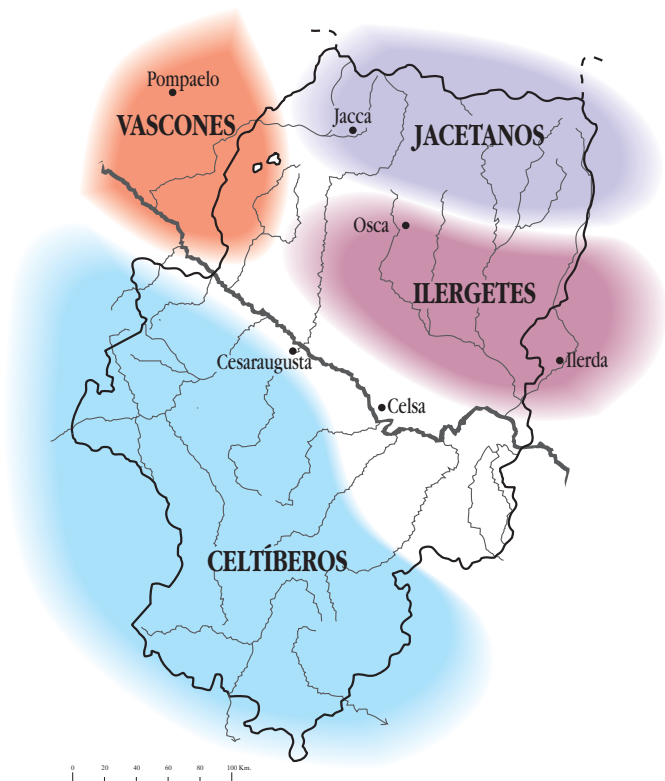
EL ARAGÓN ANTIGUO SEGÚN LOS GEÓGRAFOS GRIEGOS Y ROMANOS



El testimonio literario más antiguo que se ha conservado acerca de la existencia de celtas en el territorio de lo que hoy es Aragón pertenece a una obra griega escrita en el siglo I antes de la era cristiana. El autor fue Estrabón, un geógrafo que nunca pisó el suelo de Hiberia y que sólo conoció esta tierra a través de lo que leyó en otros libros más antiguos, sobre todo los que había escrito cien años antes el historiador Polibio sobre las guerras celtibéricas y el que más tarde redactó Salustio sobre la guerra de Sertorio.

Con los datos tomados de esas historias, y probablemente muy poco más, Estrabón hizo una descripción del actual territorio aragonés y de sus aledaños de la siguiente manera: el Pirineo y su somontano era de los jacetanos; Osca e Ilerda (Huesca y Lérida) pertenecían a los ilergetes; Pompaelo y Calagurris (Pamplona y Calahorra) de los vascones; junto al Ebro estaban la colonia Celsa (Gelsa-Velilla) y la ciudad de Cesaraugusta (Zaragoza), esta última situada junto a los celtíberos; y todo el territorio montañoso al sur del Ebro era de los celtíberos, en la cordillera que griegos y latinos llamaron Idubeda.

LOS PUEBLOS DEL ARAGÓN ANTIGUO SEGÚN LOS DATOS
DE ESTRABÓN



Con esas informaciones tan imprecisas es con las que debe dibujarse el más antiguo mapa de Aragón, dividido de manera aproximada como sigue: los jacetanos en el Pirineo y hasta la sierra de Guara; los ilergetes en las zonas media y baja de los valles del Cinca y Segre, con sus respectivos afluentes; los vascones ocupando el curso medio y bajo del Aragón; junto al Ebro las dos ciudades citadas, Celsa y Cesaraugusta, que fueron colonias romanas; y los celtíberos en la mayor parte del territorio situado en la margen derecha del Ebro.

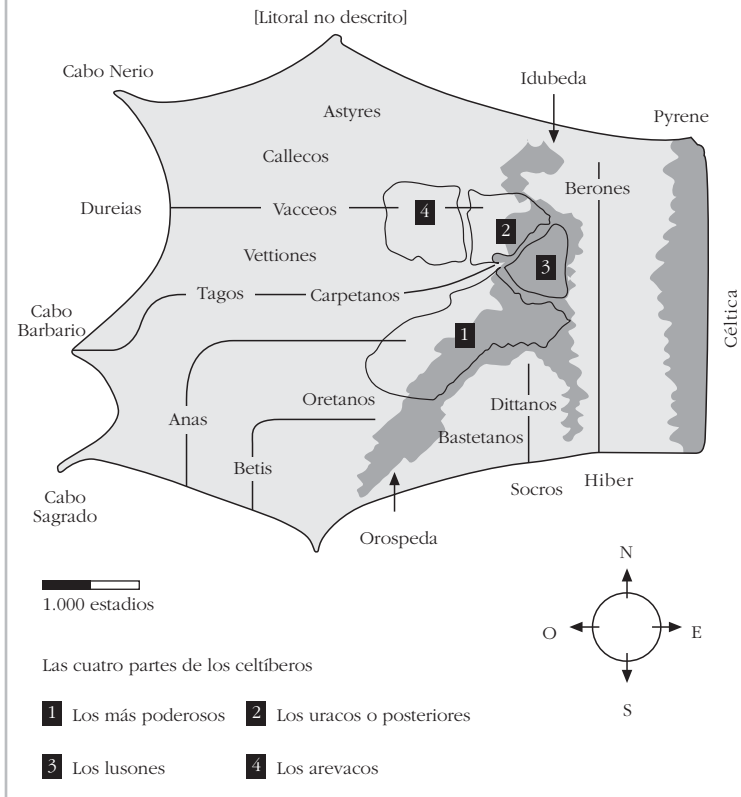
Estrabón da también una información adicional que completa un poco esas pinceladas que se acaban de mencionar. Se trata de la descripción de los límites de la Celtiberia y de las partes en que ésta se dividía, una información que retrata, más o menos, cómo de grande era el territorio que habitaban esos celtíberos cuando tuvieron lugar sus guerras contra los romanos hacia el año 150 a. C. Dice así el texto del geógrafo griego (y para entender las orientaciones, recuérdese que los antiguos creían que el Ebro discurría de norte a sur):

«Inmediatamente después de sobrepasar la Idubeda está la Celtiberia, grande y desigual [...]. Viven en la parte norte de los celtíberos unos vecinos de los cántabros coniscos llamados berones, que llegaron con la emigración celta y que tienen la ciudad de Varia [Varea, junto a Logroño], donde está situado un paso del Hiberno [...]. Por el oeste de los celtíberos están algunos de los astures, callaicos y vaccaios, así

como de los vettones y carpetanos. Al sur tienen a los oreños, además de los bastetanos y dittanos que viven en la Orospeña. Y por el este la Idubeda. De estos celtíberos hacen hasta cuatro partes: los más poderosos viven, principalmente, hacia el este y el sur; los «posteriores», que limitan con los carpetanos y con las fuentes del Tago —Nomantia es su ciudad más famosa, y demostró su valor en la Guerra Celtibérica contra los romanos, que duró veinte años; en efecto, aniquilaron muchos ejércitos con sus generales, y los numantinos al final, asediados, se mantuvieron firmes, salvo unos pocos que entregaron la muralla—; también los lusones están hacia el este, limitando con las fuentes del Tago; y de los arvactos es la ciudad de Segeda, y también Pallantia» (Str. 3. 4, 12-13).

El pasaje anterior, sobre el que durante varios siglos se ha discutido cómo debe interpretarse (y la discusión aún no está cerrada, ni mucho menos), permite añadir tres datos a esa somera partición del territorio aragonés entre jacetanos, vascones, ilergetes y celtíberos, sin entrar por ahora en más detalles: en el límite oriental de la Celtiberia, en la falda norte del Moncayo como luego se verá, vivían los lusones; entre éstos y el nacimiento del Tago, es decir, en la vertiente opuesta del Moncayo, estaban esos celtíberos a los que pertenecía Numancia (junto a Soria); y en torno a ellos, en algún lugar sin precisar, se encontrarían esos «arvactos», posiblemente los famosos arevacos que mencionan otros autores antiguos, con Segeda y Pallantia.

LA PENÍNSULA HIBÉRICA Y LOS CELTÍBEROS SEGÚN ESTRABÓN



Algunas costumbres de los celtíberos

«Tienen, por otra parte, una singular y extraña costumbre; pues, siendo cuidadosos de sí y limpios en su modo de vivir, practican un solo hábito de mal gusto, repugnante y que participa de gran suciedad; pues en toda ocasión bañan su cuerpo en orín y, frotándose incluso los dientes, consideran que esto es un cuidado para su cuerpo» (D. S. 5. 33).

«Por otra parte, utilizan para las comidas carnes variadas y abundantes, y para la bebida vino mezclado con miel: el país suministra la miel en cantidad, el vino lo compran de los mercaderes que vienen por mar» (D. S. 5. 34).

Un pasaje del historiador latino Orosio documenta otra peculiar costumbre de los celtíberos, que es también una de las primeras referencias conocidas a una cerveza de trigo:

«Finalmente [los numantinos] salieron todos de pronto por dos puertas tras haber bebido antes gran cantidad no de vino, por cuanto aquel lugar no lo produce, sino de un jugo de trigo de confección artesana, al que llaman «celia» porque se produce por calentamiento; en efecto, con fuego engordan el tamaño del grano de trigo húmedo, después lo secan y luego, convertido en harina, lo mezclan con un jugo dulce; la fermentación consigue un producto de sabor áspero y que produce el calor de la embriaguez» (Oros. 5. 7, 13-14).

Unos cincuenta o cien años después de Estrabón, un destacado político y científico latino que murió mientras investigaba la erupción del Vesubio, el famoso Plinio el Viejo, redactó la primera gran enciclopedia que conoció la humanidad: la *Naturalis Historia*, esto es, la historia o descripción de la Naturaleza. Este Plinio, digno precedente de los enciclopedistas franceses del siglo XVIII, también recogió informaciones sobre el Aragón antiguo, pero presentadas de una manera muy diferente a la de Estrabón, ya que los datos que recopiló ese autor latino fueron sobre todo jurídicos: menciona cómo Cesaragusta era la cabecera de un extenso partido judicial (*conventus*, se decía en latín) que abarcaba el territorio de Aragón y parte o la totalidad de las actuales provincias de Navarra, Rioja, Soria, Guadalajara, Madrid y Lérida, y añade una lista de pueblos ordenados por categorías jurídicas y orden alfabético, en la que se reconocen los nombres de algunas de las ciudades todavía existentes:

«Cesaraugusta, de la región de Sedetania, colonia inmune, bañada por el río Hiberno, donde hubo una ciudad llamada Salduvia, acoge a 55 pueblos. De éstos son de ciudadanos romanos los bilbilitanos, los celsenses de la colonia, los calagurritanos cognominados násicos, los ilerenses de la stirpe de los surdaones, a cuya vera pasa el río Sícor, los oscenses de la región de Usetania y los turiasonenses. De derecho latino viejo, los cascantenses, ergavicenses, leonicenses y osicerdenses. Son federados los tarracenses y estipendiarios los arcobrigenses, andelonenses, aracelitanos,

los calagurritanos cognominados fibularenses, los complutenses, carenses, cinciensis, cortonenses, damanitanos, ispalenses, ilursenses, iluberitanos, iacetanos, libienses, pompelonenses y segienses» (Plin. nat. 3. 24).

Según los datos de Plinio, los pueblos del otro lado del Moncayo, los del valle del Duero, dependían de otro partido judicial, el que tenía su juzgado en la antigua Clunia, cerca de la actual Peñaranda de Duero. Allí acudían a dirimir sus pleitos, entre otros, los cuatro pueblos de los celtíberos llamados pellondones, uno de los cuales eran los famosos numantinos. Duero abajo de esos pellondones, se dice también en la *Naturalis Historia*, quedaban los arevacos, con Úxama (Osma) y Termes, entre otras ciudades, y los vacceos, con Palantia y Cauca (Coca):

«Al distrito cluniense los várdulos llevan 14 pueblos, de los que sólo deseo nombrar a los alabanenses, y 4 los turmógidos, entre los cuales están los segisamonenses y los segisamajulienses. Al mismo distrito acuden los carietes y los venenses, con 5 comunidades, de las que una son los velienses. También allí van los pellondones celtibéricos con cuatro pueblos, a uno de los cuales pertenecieron los famosos numantinos, así como figuran entre las 17 comunidades de los vacceos los intercatienses, palantinos, lacobrigenses y caucenses» (Plin. nat. 3. 26).

Es evidente que las informaciones que utilizó Plinio para hacer la descripción de los dos partidos judiciales mencionados, el de Cesaraugusta y el de Clunia, fueron muy dife-

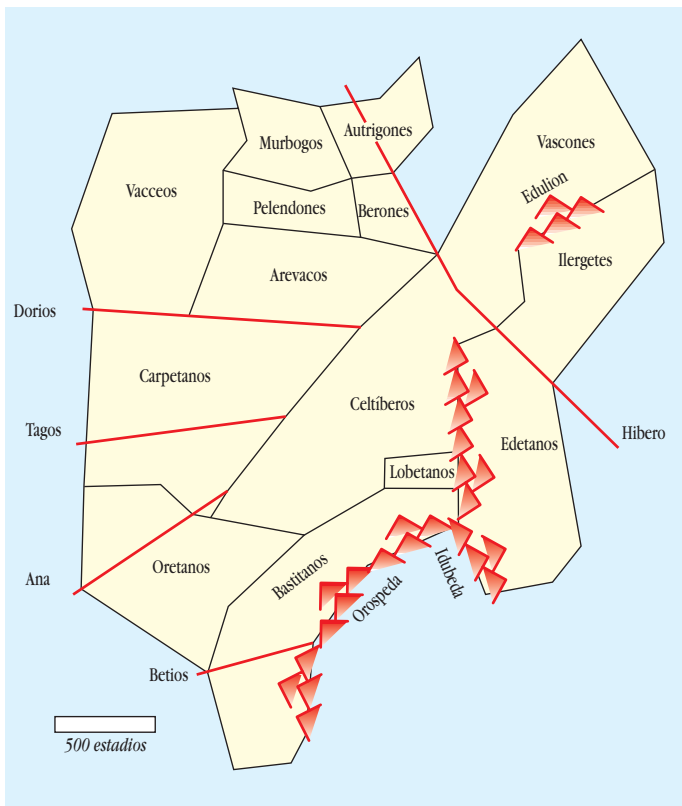
rentes. La lista administrativa o fiscal que permitió al autor latino enumerar los habitantes de las ciudades aragonesas proporciona a los historiadores categorías jurídicas y nombres de lugares, pero nada acerca de si unos u otros pertenecían a alguno de los pueblos que Estrabón había mencionado en su obra: celtas, vascones, ilergetes o jacetanos.



Ptolomeo es el otro geógrafo antiguo que proporciona información sobre el Aragón de época romana. Se sabe que este autor vivió en el siglo II, en época del emperador Marco Aurelio (el anciano emperador de *Gladiator*) y que su obra conservada, la *Guía geográfica*, fue el primer intento de construir un mapa científico del mundo, basado en coordenadas de latitud y longitud. El resultado de su trabajo fue una obra de aspecto geográficamente impecable: listas de ciudades a las que acompañan su situación exacta en grados y minutos, y además ordenadas por grupos étnicos. Por este motivo, la *Guía geográfica* se consideró durante mucho tiempo una fuente muy fiable para el conocimiento de la geografía antigua, al suponer que el mapa que dibujan las coordenadas una vez dispuestas sobre el papel podía ser tan correcto como un moderno mapa de carreteras.

La realidad, sin embargo, es muy diferente. Ptolomeo, según cuenta él mismo en el prólogo a su obra (muy poco conocido), no dispuso de datos procedentes de métodos astronómicos o topográficos para situar pueblos y ciudades, sino que utilizó textos como los ya comentados de Estrabón y Plinio para dibujar su mapa, y se ayudó para completarlo de itinerarios de caminos terrestres y de rutas marítimas. Además, como cualquier otro geógrafo antiguo, mezcló informaciones de diversas épocas, más antiguas y más modernas, lo que complica todavía más la interpretación de sus datos. Así, pues, no debe dejarse engañar el

LOS CELTÍBEROS Y SUS PUEBLOS LÍMITROFES SEGÚN LAS COORDENADAS DE PTOLOMEO



lector por las apariencias y sí recordar, en cambio, que sólo mil quinientos años después dispuso la Geografía de un Labaña que fuese capaz de dibujar el primer mapa bien conformado de Aragón, tras caminar por todo el reino con un teodolito al hombro y hacer una cuidadosa observación del territorio desde montes y campanarios.

Sin embargo, pese a estas advertencias todavía hoy necesarias, es cierto que los datos de Ptolomeo tienen un evidente interés para el estudio de los pueblos antiguos y proporciona sobre ellos una información muy valiosa. En lo que respecta a Aragón, los grupos mencionados son los celtíberos, los edetanos, los ilergetes y los vascones.

De los celtíberos, Ptolomeo enumera dieciocho ciudades, ordenadas según un itinerario que parte de los ríos Huecha y Queiles y se dirige por el cauce del Jalón a la provincia de Cuenca: Belsinon, Turiasso, Nertóbriga, Bilbis, Arcóbriga, Caesada, Mediolon, Attacon, Ergavica, Segóbriga, Condabora, Bursada, Laxeta, Valeria, Istonion, Alaba, Loibana y Urcaesa. De todas ellas, sólo se identifican claramente con lugares aragoneses Belsinon, quizá Fréscano; Turiasso, Tarazona; Nertóbriga, en torno a La Almunia o Calatorao; Bilbis, que es Bílbilis, junto a Calatayud; y quizá Attacon y Bursada, aunque no es del todo seguro que se correspondan con las modernas Ateca y Borja.

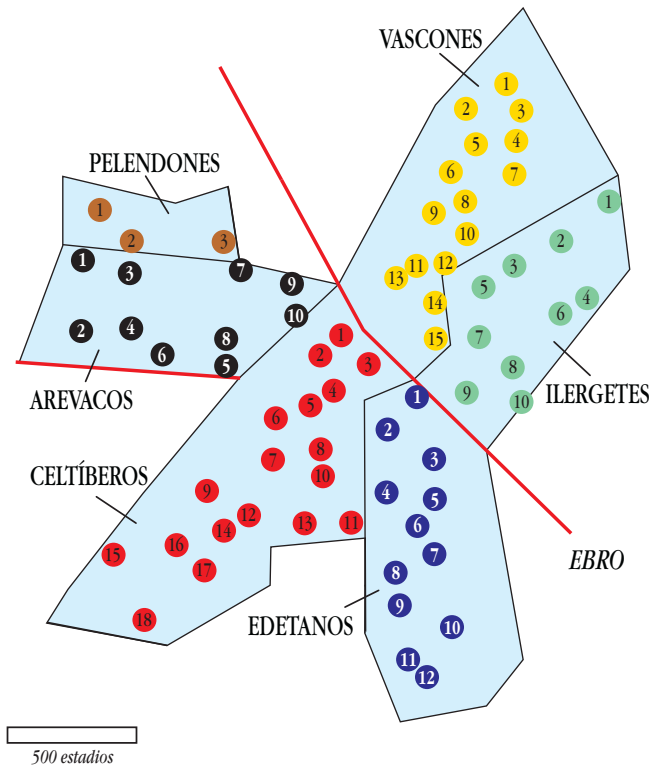
Entre los edetanos menciona doce ciudades, dispuestas según un recorrido que parte de Zaragoza y baja por el

Ebro, según parece, aunque acaba en Sagunto: Cesar Augusta, Bernaga, Eborá, Beleia, Arse, Damania, Leonica, Osicerda, Etobesa, Lassira, Edeta (también llamada Liria) y Sagunto. De ellas, es evidente la identificación de Cesar Augusta, y es probable que Leonica y Osicerda estuvieran situadas en torno al Bajo Aragón; Etobesa se identifica con una Otogesa por la que se cruzaba el Ebro a la altura de Ribarroja o Flix, no lejos de Mequinenza.

De los ilergetes, con algunas ciudades de identificación evidente, Ptolomeo cita Bergusia, Celsa, Bergidón, Erga, Succona, Osca, Burtina y Gállica Flavia (estas dos, localizadas por un *Itinerario* en las proximidades de Almudévar y Zuera, respectivamente), Orcia e Ilerda. Y de los vascones, separados de los anteriores por los montes Edulion (quizá la Sierra de Guara o la divisoria entre los valles del Gállego y del Aragón), el geógrafo griego menciona las siguientes ciudades: Iturissa, Pompelon, Bituris, Andelos, Nemanturista, Curnonion, Jacca, Gracuris, Calagorina, Casconton, Ergavica, Tarraga, Muscaria, Segia y Alauona. La mayor parte de éstas se identifica con lugares de la actual Navarra, pero otras son claramente aragonesas, como Jacca, Alauona (Alagón) y Segia (muy posiblemente, Ejea).

Fuera del actual territorio aragonés y limítrofes con él, habrían quedado otros dos pueblos que también menciona Ptolomeo, los pelendones (los pellondones de Plinio, se supone) y los arevacos. Entre los primeros, las ciudades de

CIUDADES DEL ARAGÓN ANTIGUO Y LUGARES LÍMITROFES
SEGÚN LAS COORDENADAS DE PTOLOMEO



Visontion, Augustóbriga (Ágreda) y Savia; entre los segundos, Comfloenta, Clunia colonia, Termes, Uxama Argellai, Segontia Lakta, Veluca, Tucris, Numantia, Segubia y Nova Augusta, todas ellas situadas en las actuales provincias de Soria y Burgos, según parece. La información que proporcionan Estrabón, Plinio y Ptolomeo, como puede verse, es heterogénea y difícil de conciliar. Los datos de que dispusieron esos tres geógrafos fueron imprecisos, parciales, contradictorios, tomados a veces de segunda o tercera mano, y basados en informes de diferentes épocas o pertenecientes a lugares que ninguno de ellos había visitado. De ahí la dificultad para construir, hoy día, con esos datos, un mapa completo del Aragón antiguo.

Leyenda

CELTÍBEROS	17. Loibana	AREVACOS	ILERGETES	4. Andelos
1. Belsinon	18. Urcaesa	1. Comfloenta	1. Bergusia	5. Nemanturista
2. Turiasso		2. Clunia colonia	2. Celsa	6. Curnonion
3. Nertóbriga		3. Termes	3. Bergidon	7. kJacca
4. Bílbilis	EDETANOS	4. Uxama Argellai	4. Erga	8. Gracuris
5. Arcóbriga	1. Cesaraugusta	5. Segontia Lakta	5. Succona	9. Calagorina
6. Caesada	2. Bernaga	6. Veluca	6. Osca	10. Casconton
7. Mediolon	3. Eborra	7. Tucris	7. Burtina	11. Ergavica
8. Attacon	4. Beleia	8. Numantia	8. Gállica Flavia	12. Tarraga
9. Ergavica	5. Arse	9. Segubia	9. Orcia	13. Muscaria
10. Segóbriga	6. Damania	10. Nova Augusta	10. Ilerda	14. Segia
11. Condabora	7. Leonica			15. Alauona
12. Bursada	8. Osicerda			
13. Laxeta	9. Etobesa	PELENDONES	VASCONES	
14. Valeria	10. Lassira	1. Visontion	1. Iturissa	
15. Istonion	11. Edeta o Liria	2. Augustóbriga	2. Pompelon	
16. Alaba	12. Sagunto	3. Savia	3. Bituris	

LOS PUEBLOS DEL ARAGÓN ANTIGUO SEGÚN LOS DATOS
DE PTOLOMEO



LA GUERRA DE COMPLEGA



Los romanos comenzaron la conquista de la Península durante la guerra que mantuvieron con los cartagineses de Haníbal, hacia el 200 a. C. En los primeros años, su principal objetivo fueron las tierras de la costa mediterránea; primero Ampurias, Tarragona y Sagunto, luego desde Cartagena a Cádiz, y, a la vez, la ruta terrestre que unía estos dos últimos lugares a través del valle del Guadalquivir y de los ricos yacimientos mineros de Sierra Morena. Eran territorios del sur peninsular que, en buena medida, estaban en aquella época habitados por pueblos celtíberos, ya que a ellos pertenecían ciudades como Mainake (en la costa malagueña), Arunda (Ronda) o Iliturgi y Cástulo (en el alto Guadalquivir).

Años después, los romanos fueron extendiendo su influencia hacia el interior de la Península, y una de las rutas que siguieron fue la del valle del Ebro. Se sabe, por ejemplo, que el pretor romano Manlio Acidino había ya penetrado con sus tropas río arriba en el año 188 a. C., ya que hay constancia de que llegó a combatir contra los celtíberos cerca de la ciudad de Calagurris, posiblemente en torno a la actual Calahorra.

No siempre se trató de una penetración impuesta mediante las armas y con el solo ánimo de oprimir a los

pueblos hiberos. Con frecuencia, según se aprecia en los textos antiguos, Roma utilizó sus legiones para establecer la paz entre vecinos mal avenidos, para favorecer el comercio o, incluso, para permitir la realización de obras públicas que produjeron inmediatos beneficios a los indígenas. Otra cosa es que esos logros del progreso requiriesen el pago de un tributo a la metrópoli, pero no debe darse por supuesto que el balance entre las ventajas de la paz y el costo de los tributos fuera negativo para los antiguos habitantes del valle del Ebro.

Esto que acaba de decirse podrá verlo con claridad el lector en la historia de la primera guerra «aragonesa» de la que se tiene noticia, la de Complega, que tuvo lugar hacia el año 180 a. C. en el valle del Huecha, en lo que actualmente se conoce como Campo de Borja. El relato de esa guerra se ha conservado en una historia de Hiberia que redactó, hacia el año 150 de la era, Apiano, otro autor griego contemporáneo de Marco Aurelio.

El conflicto comenzó durante el mando del pretor romano Fulvio Flaco, cuando unos hiberos del pueblo de los lusones, que habitaban junto al río Ebro, se sublevaron contra los romanos por carecer de suficientes tierras para su sustento. Flaco fue contra ellos con sus tropas, seguramente con el fin de defender las tierras de los que se mantenían en la alianza con los romanos, y venció en batalla a los rebeldes, tras lo cual éstos se dispersaron. Pero todos

los que estaban especialmente faltos de tierra, aquellos que se ganaban la vida como jornaleros allí donde era necesaria su mano de obra, se congregaron en la ciudad de Complega, que según dice Apiano era de fundación muy reciente, bien fortificada y que se había desarrollado con rapidez. Desde ese lugar, los rebeldes saquearon los pueblos de los alrededores y emplazaron al pretor romano a retirarse y a entregarles por cada uno de sus muertos un caballo, una espada y un sayo (en latín, *sagum*), una prenda de lana entonces desconocida fuera de los pueblos celtibéricos y que Apiano explicaba así a sus lectores: «utilizan un manto doble y grueso que abrochan todo alrededor a la manera de una casaca militar y lo llaman sayo».



Fibula de Herrera de los Navarros (Foto: L. Mínguez)

Según parece, no pudo el pretor con los rebeldes, porque Complega fue poco más tarde el foco de otro grave disturbio del orden romano que obligó a intervenir militarmente al sucesor de Fulvio Flaco, Tiberio Sempronio

Graco, el padre, uno de los más renombrados políticos de la época. Los sublevados, en esta ocasión, habían rodeado una de las ciudades fieles a Roma llamada Caraués, que asediaban de manera muy estrecha y que no debía de estar situada muy lejos de la propia Complega.

Precisamente es gracias a esa mención a Caraués por lo que se puede localizar con precisión el entorno de la guerra, ya que esa ciudad es citada por el llamado *Itinerario de Antonino*, un repertorio romano de caminos que muestra la distancia y las etapas que separaban Zaragoza de Tarazona a través de Alagón (mencionado en ese texto con la forma «Allobo»): de Caesaragusta a Allobo, 16 millas; de Allobo a Carauis, 21 millas; de Carauis a Turiasso, 18 millas. Como la milla romana se corresponde, aproximadamente, con un kilómetro y medio, puede afirmarse con seguridad que Carauis o Caraués se hallaba situada en el valle del Huecha, probablemente en algún lugar estratégico junto al río, entre Borja y Fréscano, quizá en Magallón.

Complega no es posible localizarla con tanta aproximación, pese a su más que probable cercanía al río Huecha. La ciudad se describe con tres calificativos: recién edificada, amurallada y «que había crecido con rapidez», algo poco apropiado para un núcleo agrícola. A la vez, el lugar fue utilizado como refugio seguro para rebeldes y estuvo situado, dado el contexto histórico, en la falda noreste del Moncayo. Es posible, con esos datos, imagi-

nar un núcleo minero en torno a alguno de los yacimientos de hierro o plata que en aquella época se explotaron en esa comarca, quizá en torno a Alcalá del Moncayo, Tabuena o algún lugar de similares características, fácilmente defendible de un ejército que se aproximara desde el Ebro y con una buena vía de escape hacia la otra vertiente de la sierra.

CAMINOS DE ÉPOCA ROMANA DOCUMENTADOS EN EL
ITINERARIO DE ANTONINO



Los pactos de hospitalidad y algunos datos sobre la escritura celtibérica

La hospitalidad entre los celtíberos era algo proverbial, y de ello ha quedado eco en los autores antiguos. En la obra de Diodoro Sículo se encuentra el siguiente pasaje: «En cuanto a sus costumbres son crueles con los malhechores y enemigos; con los huéspedes, sin embargo, son afables y humanitarios. En efecto, todos consideran a los huéspedes que vienen a su país dignos de residir entre ellos y compiten entre sí en dar hospitalidad; a aquellos con quienes los extranjeros se relacionan los alaban y los consideran amados por los dioses» (D. S. 5. 34).

Esa tradición ha dejado uno de los restos arqueológicos más peculiares que se conocen de las antiguas culturas de Hiberia, las llamadas «téseras» (tablillas) de hospitalidad. Se trata de pequeñas piezas metálicas que se fabricaban por parejas, asemejando ser las dos mitades complementarias de un mismo objeto. Cada una de las partes que sellaban el pacto quedaba en propiedad de una mitad, en la que se había escrito el nombre del otro firmante del pacto.

Para que el lector pueda leer por sus propios medios la tésera puede verse la tabla siguiente, que incluye la lectura de los símbolos del sistema de escritura celtibérico, interpretados sobre todo gracias a los estudios de Gómez Moreno (aunque en la actualidad todavía hay dudas sobre el significado de algunos caracteres o sobre cómo debían leerse algunas combinaciones de ellos). No está claro cuál pudo ser el



*Tésera de París, anverso y reverso: l-u-bo-s : a-l-i-s-o-ku-m : a-u-a-lo : ke : ko-n-te-bi-a-s : be-l-a-i-s-ka-s; lo que en aragonés castizo podría quizá traducirse así:
Lubo de casa Aliso, el hijo de Avalo, de Contrebia Belaisca*

a	▷	▷
e	⚡	⚡
i	⚡	⚡
o	⚡	⚡
u	↑	↑
l	↑	↑
í	◊	◊
m	⚡	⚡
n	⚡	∨
s	⚡	⚡
ś	⚡	⚡
ka	△	△
ke	◁	◁
ki	⚡	⚡
ko	⊗	⊗
ku	◊	◊
ta	×	×
te	◊	⊕
ti	ψ	ψ
to	⚡	
tu	△	
ba		
be	⊗	⚡
bi	▷	
bo	*	*
bu	◻	

origen de este sistema de escritura, pero parece razonable imaginarlo como una adaptación de alguna forma arcaica del alfabeto griego que hubiesen traído hasta la Península colonos o comerciantes.

Téngase en cuenta que los signos silábicos utilizados en esta escritura no diferenciaban sonoras de sordas, esto es, que no se distinguían la «t» de la «d», la «p» de la «b», ni la «c» de la «g»; algo parecido a lo que ocurría en latín entre Gayo y Cayo, que de las dos maneras podía escribirse. Y recuérdese también que, como no disponían de signos para todos los sonidos, debían hacer diferentes combinaciones que complican la lectura e interpretación; por ejemplo, para poner «bri» debían poner «bi-r-i».



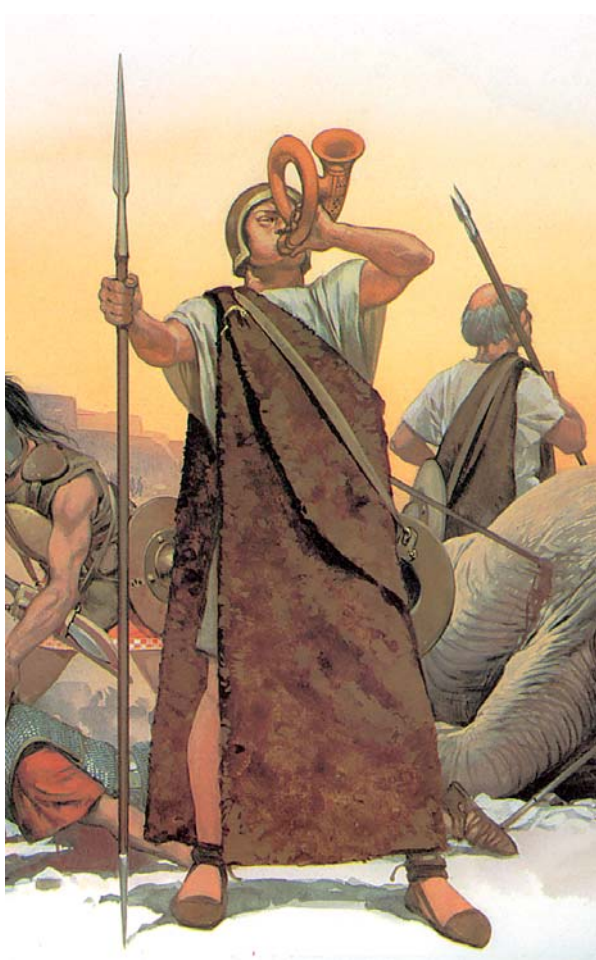
Caracteres del signario celtibérico

Monedas de Bilbilis con el rótulo en caracteres celtibéricos (izquierda) y latinos (derecha); obsérvese la correspondencia entre los signos (Fotos: Archivo CAI)

Cuando Tiberio Sempronio Graco llegó a la zona con sus tropas, encontró Carauis rodeada y sin posibilidades de comunicarse con ella. Cuenta entonces Apiano la siguiente anécdota acerca de cómo fueron avisados los carauenses acerca de su próxima liberación:

«Por aquel tiempo asediaban la ciudad de Carauis, que era aliada de Roma, veinte mil celtíberos. Como era muy probable que fuera tomada, Graco se apresuró a acudir en socorro de la ciudad, pero después de haber establecido un cerco en torno al enemigo, no pudo comunicar a la ciudad su proximidad. Por consiguiente, Cominio, uno de los prefectos de caballería, tras meditar consigo mismo el asunto y exponer su audaz proyecto a Graco, se ciñó un sayo a la usanza hibera y se unió secretamente a los soldados enemigos que iban en busca de forraje. De este modo penetró, en su compañía, en el campamento, como si fuera un hiberno y, atravesando a la carrera hasta Carauis, les comunicó que Graco venía hacia ellos. Estos consiguieron mantenerse a salvo aguantando con fortaleza el asedio, hasta que llegó Graco al cabo de tres días, y los sitiadores levantaron el asedio» (App. Hisp. 43).

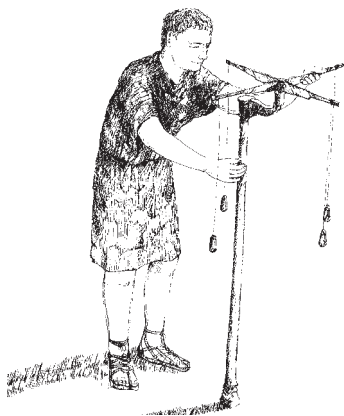
Derrotados de esa manera los rebeldes, veinte mil habitantes de Complega (recuérdese que en las historias antiguas —y también modernas— el tamaño de los ejércitos enemigos se exagera con frecuencia), que posiblemente eran los mismos que el romano acababa de dispersar, se dirigieron al campamento de Graco con ramos de olivo en señal de paz y de súplica. Sin embargo, según narra Apiano,



Representación figurada de un corneta celtibérico; obsérvese la fibula sujetando el sayo (Dibujo de Angus McBride)

se trataba de una artimaña: «veinte mil habitantes de Complega llegaron hasta el campamento de Graco con ramas de olivo a modo de suplicantes y, cuando estuvieron cerca, le atacaron de improviso y provocaron la confusión. Éste, con habilidad, les dejó su campamento y simuló la huida. Después, dando la vuelta, los atacó mientras se dedicaban al saqueo, mató a la mayoría y se apoderó de Complega y de los pueblos vecinos».

Resuelto así por las armas el conflicto, Tiberio Sempronio Graco se dedicó a solucionar la verdadera causa que lo había originado: la escasez de tierras y la pobreza de los sublevados. Para ello, asentó a los celtíberos desposeídos como si de colonos se tratara, mediante el reparto de lotes de terreno, y preparó tratados de paz muy elaborados para establecer la concordia entre los pueblos de la región, y entre éstos y Roma. Este aspecto de la labor de la metrópoli, como ya se ha apuntado, ofrece el interés de mostrar al invasor en su vertiente civilizadora, y la posibilidad de contemplar el proceso de colonización romana no sólo como la creación de ciudades y suelo agrícola para beneficio de veteranos del ejército romano, sino también para favorecer al pueblo indígena, incapaz por sí mismo de acometer esas tareas de progreso. No debe olvidarse que el establecimiento de una colonia, en la Antigüedad o en cualquier otra época de la historia, no es sólo un simple reparto de tierras, sino también (y sobre todo) una compleja labor de medidas topográficas, de expropiaciones, de



*Agrimensor romano con la groma,
un antiguo aparato de topografía
(Dibujo de David Macaulay)*

obras hidráulicas o de nivelaciones de terrenos; y sólo un poder centralizado es capaz de organizar tareas semejantes.

No puede asegurarse dónde llevó a cabo Tiberio ese «asentamiento en ciudad» y esos repartos de «tierra medida» a los lusones menesterosos que menciona Apiano en su texto. Hay constancia, por otras fuentes, de que este pretor romano realizó, al menos,

dos asentamientos de colonos en Hiberia: uno en la celtíbera Iliturgis, cerca de Mengíbar, junto al Guadalquivir; otro en la antigua Ilurcis, que refundó con el nombre de Gracchuris y que posiblemente estuvo situada en el valle del río Alhama, a medio camino entre Cascante y Calahorra, según documenta el *Itinerario de Antonino* ya citado.

Es posible que los compleguenses, o parte de ellos, fueran trasladados al norte y asentados en esa Gracchuris, pero no puede descartarse la posibilidad de que alguno de los núcleos de población romanos que hay atestiguados en época romana en los valles del Huecha o del Queiles

hubieran tenido su origen en esta labor colonizadora de Tiberio Sempronio Graco.

La pacificación de la Celtiberia del Moncayo se aseguró con esos tratados de paz que preparó el pretor romano y que resume así Apiano: «Llevó a cabo tratados perfectamente regulados con todos los pueblos de esta zona, sobre la base de que serían aliados de los romanos. Les dio y tomó juramentos que serían invocados, en muchas ocasiones, en las guerras futuras. A causa de tales hechos, Graco se hizo célebre en Hiberia y Roma y fue recompensado con un espléndido triunfo». Además, según se deduce de un pasaje de Suidas, autor de un diccionario histórico en época bizantina, esos tratados habrían obligado a los nuevos aliados hiberos, en un principio, a proporcionar a la metrópoli tributos y soldados, pero los gobernantes romanos les eximieron de esa obligación. En esas condiciones, no es de extrañar que la paz de Graco fuera bien aceptada por los celtíberos y que tuviera una larga vida.

Por lo que respecta a los lusones, restablecida así la paz desaparecieron casi definitivamente de la historia escrita. Sólo en una ocasión volvieron a citarse en los relatos con esa misma denominación. Fue en el año 139 a. C., cuando un ejército romano enviado contra Numancia, al mando de un tal Popilio, atacó a los lusones, de los que en esa ocasión afirman los autores antiguos que eran un pueblo vecino de los numantinos.

Los lusones, el dios Lug y las dos Contrebias

El nombre del pueblo de los lusones proviene, probablemente, de una palabra emparentada con la española «luz» y el *lux* latino: los celtas tenían un dios muy poderoso llamado Lug, que era la divinidad del sol y del rayo (en bretón, relámpago se dice *lubed*), y también el dios del comercio y del ingenio.

El nombre de Lug está asimismo relacionado con la palabra celta que designaba el color blanco, «leucos», esto es, lo luminoso, como en la palabra griega que llama leucocitos a los glóbulos blancos. Ese dios celta dio nombre a varios pueblos y ciudades en la Antigüedad, como fue el caso de la conocida Lugo gallega, pero también el del pueblo aragonés de Luco de Jiloca, o el de Luzaga y Luzón, junto al río Tajuña, al sur de Medinaceli. Quizá, incluso, el dios Lug fuera expresamente el origen del nombre de los lusones, en cuyo caso esa denominación debería de entenderse en el sentido de «pueblo de Lug»; aunque tampoco debe descartarse un significado basado en el color: «el pueblo blanco».

Los textos antiguos hablan de una ciudad llamada Contrebia Leucade, que se identifica habitualmente con el yacimiento de Inestrillas, en el valle riojano del río Alhama. Como en celta la palabra «contreb», documentada en lengua gala y en galés, venía a significar algo así como «poblado» o «ciudad», y ese Leucade se explica

bien por el «leucos» citado, el nombre de ese lugar se podría traducir por «ciudad blanca» o, también, «ciudad de los lusones».

En contraposición a lo anterior, se puede intentar explicar el nombre de la otra Contrebia, la Belaisca. La mejor hipótesis es relacionarla con el actual antropónimo Velasco o Blasco, derivados de un antiguo *bela*, cuervo, que no es seguro de qué lengua procede (el origen pudo ser céltico, y se ha conservado en el *bele* vasco y en la heráldica de esos apellidos). Hay otros topónimos similares en España, en el sur de Francia y en la Lombardía: Balasc, Balasque, Velasca..., y también está el nombre del antiguo pueblo celtíbero de los bellos, que habitaba en torno a los valles del Jalón, Jiloca y Huerva (recuérdese también el Bello de la laguna de Gallocanta).

Según todo esto, puede proponerse para Belaisca y bellos una relación con «cuervo» y «negro», e interpretar el nombre de esa Contrebia como «ciudad negra» o «ciudad de los bellos».



SEGEDA. LA GUERRA QUE CAMBIÓ EL CALENDARIO



U nos treinta años después de que se acordara la paz de Graco, hacia el año 155 a. C., surgió nuevamente la discordia entre los celtíberos del antiguo territorio de Aragón y Roma. Al parecer, en torno al Moncayo se había llegado a unas condiciones económicas muy favorables, lo que previsiblemente había convertido a estos pueblos en una amenaza potencial para el poder romano (aunque también pudiera pensarse, sin más, que ese enriquecimiento celtibérico había despertado la codicia de los gobernantes del imperio).

La causante directa del conflicto fue la ciudad de Segeda y sucedió de esta manera, según el relato de Apiano:

«No muchos años después, estalló en Hiberia otra guerra, difícil a causa del siguiente motivo. Segeda es una ciudad perteneciente a una tribu celtíbera llamada bellos, grande y poderosa, y estaba inscrita en los tratados de Sempronio Graco. Esta ciudad forzó a otras más pequeñas a establecerse junto a ella; se rodeó de unos muros de aproximadamente cuarenta estadios de circunferencia [unos 7,5 km] y obligó también a unirse a los titthos, otra tribu limítrofe. Al enterarse de ello, el senado prohibió que fuera levantada la muralla, les reclamó los tributos estipulados en tiempos de



Vista aérea del Poyo de Mara, yacimiento arqueológico identificado como Segeda I

Graco y les ordenó que proporcionaran ciertos contingentes de tropas a los romanos. Esto último, en efecto, también estaba acordado en los tratados. Los habitantes de Segeda, con relación a la muralla, replicaron que Graco había prohibido fundar nuevas ciudades a los celtíberos, pero no fortificar las ya existentes. Acerca del tributo y de las tropas mercenarias, manifestaron que habían sido eximidos por los propios romanos después de Graco. La realidad era que estaban exentos, pero el senado concede siempre estos privilegios añadiendo que tendrán vigor en tanto lo decidan el senado y el pueblo romano» (App. Hisp. 44).

Hay otro relato antiguo de estos mismos hechos que da una imagen más vívida de cómo se sucedieron los aconte-

cimientos, aunque por un probable error de copia en el texto griego se llama a la ciudad Begeda, en lugar del correcto Segeda. Procede de la obra del historiador Diodoro Sículo y se ha preservado en una colección de fragmentos sobre sentencias judiciales de época bizantina. Dice así:

«Había en la Celtiberia una pequeña ciudad llamada Begeda, que obligada por el aumento de su población votó construirla más grande. Pero el senado, desconfiando de su creciente poder, envió emisarios para impedirlo en nombre de los tratados, donde, con otras muchas cosas, estaba escrito que los celtíberos no podían construir una ciudad sin el consentimiento de los romanos. Contestó a esto uno de los ancianos llamado Caciro, que los tratados prohibían fundar nuevas ciudades, pero no ampliar las antiguas, y que ellos no fundaban una ciudad sino que reparaban una ya existente, con lo que nada hacían ni contra los tratados ni contra la común costumbre de todos los hombres; en todo lo demás prestarían siempre obediencia y cordial ayuda al pueblo romano, siempre que de ello tuviese necesidad, pero en esta ocasión de ningún modo desistirían de edificar la ciudad. La asamblea aprobó unánimemente la propuesta y los enviados la refirieron al senado; éste consideró roto el pacto y declaró la guerra» (D.S. 31, frag. 39).

Por tanto, los de Segeda decidieron seguir el parecer de su senador, aprobado por la asamblea de la ciudad, y no hacer caso del requerimiento; así que continuaron la cons-

La localización de Segeda

No es seguro dónde estuvo situada la ciudad celtibérica, pero sí existe una hipótesis generalmente aceptada, que es localizarla en Durón de Belmonte, junto al río Peregil, cerca de Calatayud. Se trata de la identificación que propuso Adolf Schulten el año 1933, basándose sobre todo en la conservación en el lugar de varios tramos de un muro de grandes sillares, en la tradicional aparición de monedas de bronce y plata de «Sekaisa» (esto es, Segeda) en los campos de los alrededores y en la proximidad del lugar al teatro de la guerra celtibérica del año 150, que indudablemente tuvo en el valle del Jalón uno de sus principales escenarios.

En la actualidad, el gran valedor de esta hipótesis es Francisco Burillo, el investigador que excava el citado yacimiento y que ha publicado varios estudios en los que defiende la identificación de dos Segedas: la más antigua o Segeda I en el yacimiento conocido como el Poyo de Mara, que sería la destruida por Nobílior; y la más moderna, denominada Segeda II, en los restos muy próximos de Durón de Belmonte, que fueron los estudiados por Schulten, ciudad que habría llegado a su fin durante las guerras civiles del siglo I a. C.



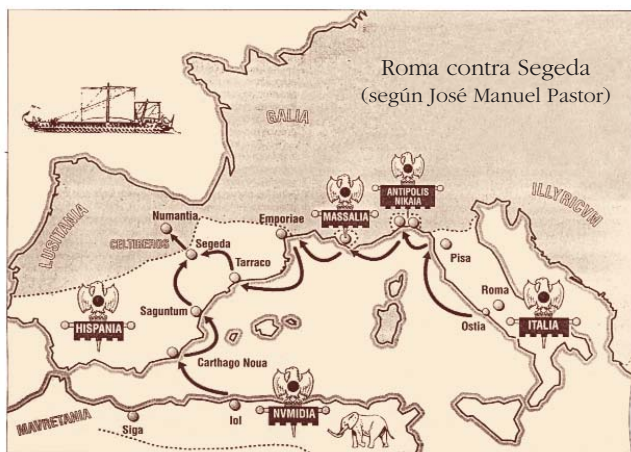
trucción de su muralla, a la vez que se negaban al pago de los tributos y a facilitar tropas. Consideraron los segedenses, probablemente, que disponían del tiempo suficiente para terminar sus fortificaciones y asegurar la defensa de su ciudad, ya que Roma, al parecer, no contaba con tropas bastantes en Hiberia para atacar a los celtíberos bellos y necesitaba reclutar antes un nuevo ejército.

Para organizar una leva de tropas en la capital del imperio, primero debían celebrarse las elecciones anuales de los magistrados. Éstos comenzaban su mandato el día primero del año, que por aquel entonces se celebraba el 1 de marzo, y a partir de entonces se desarrollaba el reclutamiento y aprovisionamiento de las tropas; a continuación, era preciso embarcar todos los efectivos militares y trasladarlos a la provincia; y, por último, acercar el ejército por tierra a su objetivo. Por tanto, si los de Segeda sabían que Roma no disponía de tropas listas para el ataque, no es de extrañar que creyeran disponer de tiempo suficiente para terminar su muralla y organizar una defensa que fuera capaz de desanimar a cualquier atacante.

Los gobernantes romanos fueron partidarios de las medidas más extremas, casi podría decirse que de una manera desesperada, dado que la urgencia en llevar la guerra a Hiberia fue evidente por la excepcional medida que hubo de adoptarse: en ese año de 153 a. C., en el que dio comienzo la Guerra de Segeda, se rompió la tradi-

ción secular que ponía el comienzo del año romano el 1 de marzo y se adelantó esa fecha al 1 de enero. Con ello se pretendía dar tiempo a los nuevos cónsules para organizar su ejército de tal manera que pudieran llegar ante Segeda con antelación suficiente como para guerrear antes del próximo invierno; y también, por supuesto, para sorprender a los bellos antes de que terminaran sus fortificaciones.

La modificación del calendario fue un éxito (que aún perdura en el Año Nuevo actual), ya que las legiones llegaron ante la muralla de Segeda cuando ésta estaba aún sin terminar, lo que obligó a huir a sus habitantes, que se refugiaron en Numancia.



LA CAMPAÑA DE FULVIO NOBÍLIOR



El ejército romano enviado contra los bellos de Segeda estaba al mando del cónsul Fulvio Nobílior y su llegada, probablemente remontando el valle del Ebro y luego el del Jalón, provocó la huida de los habitantes de la ciudad. Formaban la expedición unos treinta mil hombres, es decir, un ejército consular completo: dos legiones de seis mil soldados y su equivalente en auxiliares itálicos, además de un cuerpo de caballería de unos cinco mil jinetes.

Los segedenses, según el relato de Apiano, se refugiaron entre los arevacos, y todos ellos unieron sus tropas bajo el mando de Caro, posiblemente el mismo Caciro antes citado, y tendieron una emboscada a Nobílior en algún lugar situado entre Segeda y Numancia, que era el lugar hacia el que se dirigieron tanto los segedenses como Nobílior. Así, pues, si se acepta la hipótesis de situar la ciudad celtíbera en el valle del río Peregil, la emboscada se habría producido en el camino que en aquella época habría unido ambas ciudades, probablemente el mismo que hoy día va de Calatayud a Soria remontando la rambla del Ribota. El texto de Apiano lo cuenta de la siguiente manera:

«Nobílior fue enviado contra ellos con un ejército de casi treinta mil hombres. Los segedanos, cuando supie-

ron de su próxima llegada, sin dar remate ya a la construcción de la muralla, huyeron hacia los arevacos con sus hijos y sus mujeres y les suplicaron que los acogieran. Estos lo hicieron así y eligieron como general a un segedano llamado Caro, que era tenido por hombre belicoso. A los tres días de su elección, apostando en una espesura a veinte mil soldados de infantería y cinco mil jinetes, atacó a los romanos mientras pasaban. Aunque el combate resultó incierto durante mucho tiempo, logró dar muerte a seis mil romanos y obtuvo un brillante triunfo. Tan grande fue el desastre que sufrió Roma. Sin embargo, al entregarse a una persecución desordenada después de la victoria, los jinetes romanos que custodiaban la impedimenta cayeron sobre él y mataron al propio Caro, que destacó por su valor, y a sus acompañantes, en número éstos no inferior a seis mil, hasta que la llegada de la noche puso fin a la batalla. Estos sucesos tuvieron lugar el día en el que los romanos acostumbraban a celebrar una procesión en honor de Vulcano. Por este motivo, desde aquel tiempo, ningún general romano quiso comenzar un combate voluntariamente en este día».

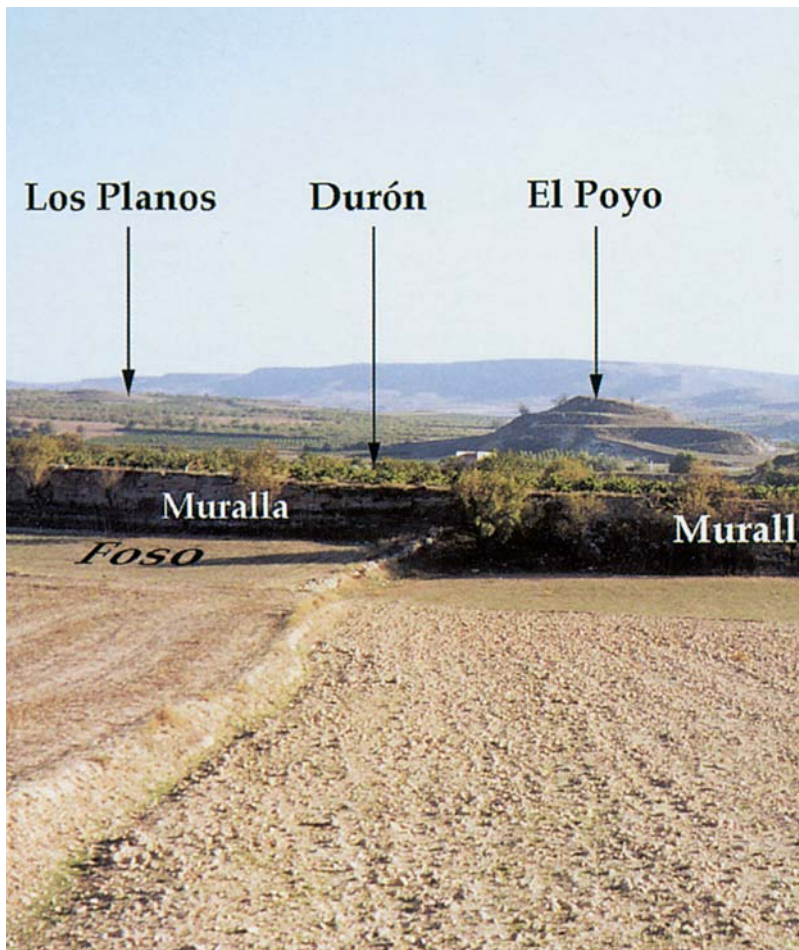
La fecha de ese primer combate, determinada por la fecha de las Vulcanalia, fue el 23 de agosto, así que puede deducirse lo acertado del cambio en el calendario, ya que pese a los tres meses de adelanto en la toma de posesión, Nobílior sólo alcanzó la zona de guerra bien avanzado el verano. En lo referente a las seis mil bajas del ejército

romano, debe tenerse en cuenta que la cifra se corresponde con los efectivos habituales de una legión o los de una de las formaciones de auxiliares itálicos que acompañaban habitualmente a las tropas romanas. Esto es, que la celada celtíbera sorprendió casi con seguridad en orden de marcha al ejército de Nobílior y acabó con uno de sus cuerpos de ejército antes de que las reservas romanas reaccionaran contra los atacantes.

A partir de la batalla de las Vulcanalia, el conflicto abandonó por un tiempo el territorio del actual Aragón y dio comienzo lo que propiamente se denomina la Guerra de Numancia, que tuvo como principal protagonista a esa ciudad, principal reducto de los celtíberos enfrentados con Roma y cuyos restos se encuentran junto a la actual Soria.

La campaña inicial en tierras de la Meseta no fue favorable a las tropas de Nobílior, pese a recibir el refuerzo de diez elefantes enviados desde África, ya que fracasaron los romanos en todos sus intentos.

Además, tras la traición de la ciudad de Hocilis, quizá la actual Medinaceli, en la que tenían almacenados sus pertrechos de guerra y su dinero los romanos, acabaron éstos por verse prácticamente bloqueados en territorio hostil y tuvieron que invernar junto a Numancia, faltos de víveres y sin equipo apropiado para soportar la nieve y el intenso frío.



Los Planos

Durón

El Poyo

Muralla

Foso

Murall

*Yacimiento de Durón de Belmonte, identificado como Segeda II
(Foto: F. Burillo)*

**Cerro
de la Plata**

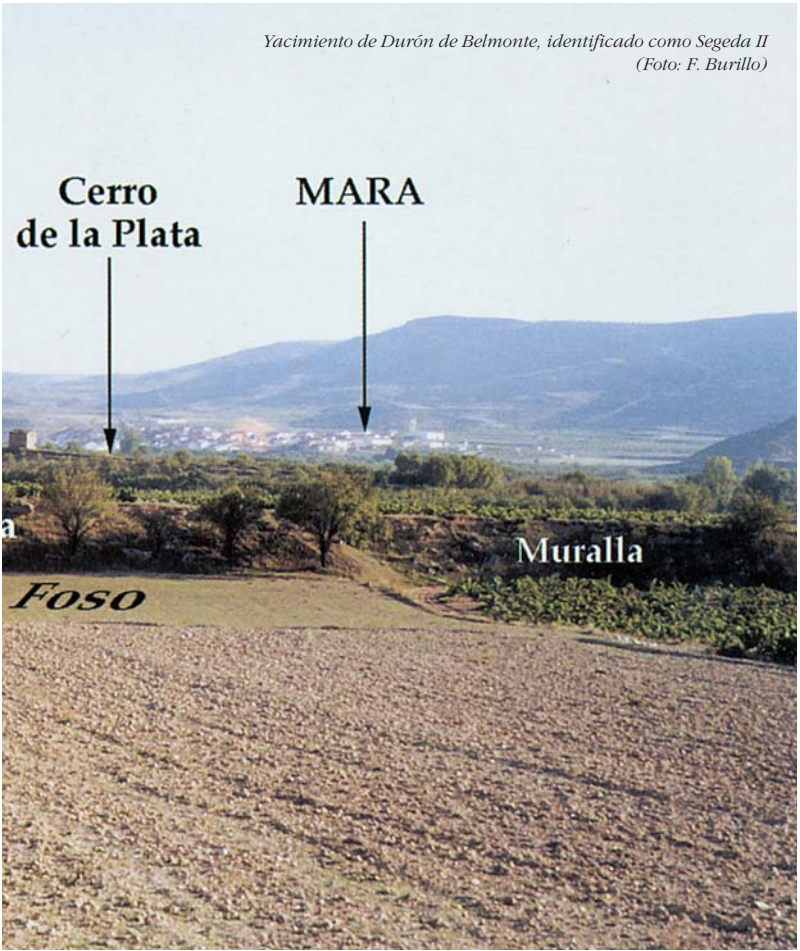


MARA



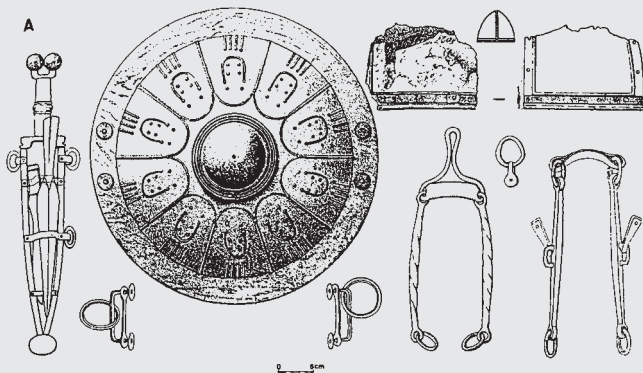
Muralla

Foso



El armamento de un celtíbero

El ajuar funerario de una de las tumbas de Alpanseque, en Soria, es uno de los ejemplos más ricos que muestran cómo era el armamento celtibérico. A la izquierda, puede verse una de las características espadas cortas, con una hoja en torno a los 25 cm de longitud y filos extraordinariamente cortantes; va introducida en su vaina, y en su interior apareció también la punta metálica de una lanza (el mango, de madera, no se ha conservado). El escudo era casi siempre en madera recubierto con un umbo de chapa metálica que, en este caso, cubría casi la totalidad del armazón, lo que es poco frecuente; debajo, las hebillas utilizadas para sujetar el escudo con una correa de cuero. A la derecha, arriba, los restos de un casco, un elemento raro entre los hallazgos de armas



celtibéricas. Y por último, una espuela y parte del bocado utilizado para embridar la montura, los rasgos distintivos de un caballero.

Un texto de Diodoro Sículo describe en detalle a los soldados celtíberos, y dice así: «no sólo presentan en los combates excelentes jinetes, sino también un ejército de infantes que se distinguen por su vigor y firme destreza. Éstos suelen llevar unos ásperos sayos negros y que tienen la lana semejante al vellón de las ovejas. Algunos celtíberos van armados de ligeros escudos alargados, al estilo galo, y otros con escudos circulares de mimbre que tienen el tamaño de los áspides, en torno a las piernas se enrollan grebas de crines, en las cabezas se ciñen cascos de bronce adornados con penachos de color púrpura. Usan espadas de doble filo y forjadas en excelente hierro, llevando puñales de un palmo de los que se sirven cuando se traba el encuentro en los combates. Algo particular es en ellos su modo de preparar las armas ofensivas. Esto es: ocultan bajo tierra unas láminas de hierro y las dejan así hasta que el orín que nace por efecto del tiempo consume la parte más débil del hierro y queda la parte más sólida, de la cual fabrican magníficas espadas y todo lo demás que concierne a la lucha. Y el arma así hecha es capaz de hendir todo lo que caiga bajo ella, su golpe no lo resisten ni el escudo, ni el casco, ni el hueso por la extrema calidad del hierro. Como se valen de dos modos de lucha, cuando obtienen la victoria habiendo luchado a caballo, saltando a tierra y adoptando el orden de tropa a pie, entablan luchas admirables» (D. S. 5. 33).



Panoplia de armas celtas, según un bajorrelieve de Pérgamo

LA CAMPAÑA DE CLAUDIO MARCELO



A sí las cosas, la metrópoli tuvo que enviar refuerzos, probablemente para abrir un paso hasta las tropas de Nobílor. Al frente del nuevo ejército venía Claudio Marcelo, un experimentado general que consiguió penetrar las líneas enemigas con ocho mil infantes, quinientos jinetes y máquinas de asedio, que emplazó frente a Hocilis. Esta ciudad, vistas las circunstancias, aceptó la paz a cambio de entregar algunos rehenes y treinta talentos de plata, algo menos de 800 kg de plata (unos 175.000 denarios, si es que se trataba de plata amonedada), un dinero que era quizá el tesoro del ejército de Nobílor, del que los de Hocilis se habían apropiado meses atrás.

Ante la benevolencia de Marcelo, los nertobrigenses también pidieron la paz, que fue aceptada a cambio de proporcionar cien jinetes al ejército romano. De esta Nertóbriga se conoce bastante bien su ubicación, de nuevo gracias al *Itinerario de Antonino*. Estaba situada en las proximidades de La Almunia de Doña Godina, guardando la entrada a los desfiladeros del Jalón, el camino natural que muy posiblemente utilizaron durante esta guerra las tropas romanas para adentrarse hasta Segeda y Numancia. Los datos del *Itinerario* que permiten localizar la ciudad son

los siguientes, y recuérdese que debe aplicarse la equivalencia aproximada de un kilómetro y medio por milla: de Cesaraugusta (Zaragoza) a Secontia, 16 millas; de Secontia a Nertóbriga, 14 millas; y de Nertóbriga a Bílbilis (en el cerro de Bámbola, junto a Calatayud), 21 millas. El cambio de bando de la estratégica Nertóbriga iba a alterar de manera importante la balanza de la guerra, pero el acuerdo se vio estorbado por la actitud de la caballería nertobrigense, que atacó por sorpresa las líneas de abastecimiento romanas. Por ello, Marcelo decidió comenzar el asedio de esta ciudad, lo que obligó a sus habitantes a pedir indulgencia mediante un heraldo revestido con piel de lobo, indumentaria que posiblemente era la que utilizaban los mensajeros celtíberos para reclamar su inviolabilidad.

Sin embargo, el resultado de la guerra no debía de estar, con todo, muy claro, ya que ambos bandos pactaron un armisticio y detuvieron los enfrentamientos. Nada se dice del ejército de Nobílior que el invierno anterior había quedado aislado junto a Numancia, y para el que Marcelo, según se deduce del relato de Apiano, quizá no consiguió abrir una vía de escape por la fuerza. En cambio, sí menciona este historiador un importante obstáculo que impidió en ese momento un rápido acuerdo de paz para devolver la región a la estabilidad que habían logrado los tratados de Graco, y es que los celtíberos de la región no formaban un frente común antirromano, sino que estaban divididos entre sí y enfrentados; algo que no era nuevo,

según se vio ya durante la Guerra de Complega. Dice así el texto griego:

«Al año siguiente llegó, como sucesor en el mando de Nobilior, Claudio Marcelo con ocho mil soldados de infantería y quinientos jinetes. Logró cruzar con suma precaución las líneas de los enemigos que le habían tendido una emboscada y acampó ante la ciudad de Hocilis con todo su ejército. Hombre efectivo en las cosas de la guerra, logró atraerse de inmediato a la ciudad y les concedió el perdón, tras exigir rehenes y treinta talentos de plata. Los nertobrigenses, al enterarse de su moderación, le enviaron emisarios para preguntarle por qué medios obtendrían la paz. Cuando les ordenó entregarle cien jinetes para que combatieran a su lado como tropas auxiliares, ellos le prometieron hacerlo, pero, por otro lado, lanzaron un ataque contra los que estaban en la retaguardia y se llevaron algunas bestias de carga. Poco después, llegaron con los cien jinetes, como en efecto se había acordado, y con relación a lo ocurrido en la retaguardia, dijeron que algunos de los suyos, sin saber lo pactado, habían cometido un error. Entonces, Marcelo hizo prisioneros a los cien jinetes, vendió sus caballos, devastó la llanura y repartió el botín entre el ejército. Los nertobrigenses, al ser conducidas contra ellos máquinas de asalto y plataformas, enviaron un heraldo revestido de una piel de lobo en lugar del bastón de heraldo y solicitaron el perdón. Éste replicó que no lo otorgaría a no ser que los arevacos, bellos y titthos lo solicitaran todos a la vez. Cuando se enteraron estas tribus, enviaron celosamente emisarios y pidieron a Marcelo que, tras imponerles un castigo moderado, se atuviera a los trata-

dos firmados con Graco. Se pusieron en contra de esta petición algunos nativos a quienes ellos habían hecho la guerra» (App. Hisp. 48).

Dos fueron las embajadas enviadas a Roma por Marcelo: una la de los «amigos», a la que los romanos hospedaron en la propia ciudad; otra la de los «enemigos», que debieron acampar fuera de la muralla, al otro lado del Tíber. Aunque no queda del todo claro quiénes fueran unos y otros, ya que un fragmento de las *Historias* de Polibio que se ha conservado menciona que estos amigos de Roma eran bellos y titthos, pero no todos ellos; de ahí se deduce necesariamente que el resto de esos pueblos estaba con



Cabezal de catapulta romana del siglo I a. C., hallado en La Caridad de Caminreal

los enemigos, grupo que en ese momento de la guerra parecía formado sobre todo por los arevacos.

El general Claudio Marcelo recomendó la paz y ceder ante los belicosos, pero los bellos y titthos partidarios de Roma expusieron al senado que era preciso un escarmiento, ya que en caso contrario sería necesario un ejército consular permanente que les protegiese de los arevacos y que castigase los daños que les producían. Alusión esta última difícil de explicar, salvo que se piense en el posible enfrentamiento que podrían producir anualmente los ganados arevacos al trasladarse desde la Meseta a pastos de invierno reivindicados por otros pueblos, o quizá al lastimar cultivos de estos últimos. Recuérdese que la importancia de la cabaña ovina entre los celtíberos de la Meseta queda reflejada en las cifras de sayos de lana que entregaron algunas de sus ciudades a las tropas romanas, por ejemplo los 18.000 que aportaron numantinos y termestinos, según cuenta un pasaje de Diodoro Sículo.

Los tratados con Roma

Según los autores antiguos, el tratado más antiguo que pactaron celtíberos y romanos fue el que preparó Tiberio Sempronio Graco hacia el año 180 a. C., por el que se instituyó un estado de paz en la región. Se conocen tres de las cláusulas del acuerdo: los pueblos firmantes serían aliados de Roma, no podrían construir ciudades sin el

permiso del senado y, a cambio, los romanos renunciarían a exigirles tributos y tropas. Además, se sabe que el acto del acuerdo fue acompañado de juramentos solemnes, pero también algo más: los pueblos que aceptaron el tratado estaban “inscritos” en él.

Esto último, que demuestra que los términos de la paz fueron puestos por escrito —lo que era algo habitual en la época—, tiene su importancia, sobre todo si se recuerda el pacto al que llegaron numantinos y romanos el año 137, tras la ignominiosa derrota que sufrieron las tropas de Hostilio Mancino ante Numancia. La rendición del ejército consular, una de las más afrentosas para Roma, se realizó de acuerdo con un tratado que por parte romana negoció un nuevo Tiberio Sempronio Graco, el hijo mayor del que ya había pactado años antes la paz con los celtíberos.

La derrota de Mancino y el posterior acuerdo fueron más tarde debatidos por el senado, que se resistió a reconocer la validez de un tratado con los numantinos en el que éstos aparecían como iguales a los romanos, no como aliados ni como súbditos. A la ciudad del Tíber acudieron Mancino, el general en jefe, y Graco para defender lo que se había acordado, y también embajadores numantinos con el mismo propósito. Pero el senado desoyó los argumentos de todos ellos, condenó el pacto como «el más vergonzoso» que se había realizado y entregó a Mancino desnudo a los numantinos para que respondiera ante

ellos de una paz que el gobierno romano no asumió como suya.

Dos pasajes proporcionan más información de interés sobre ese pacto. Uno es del propio Apiano, donde se afirma que los numantinos «mostraron» el tratado ante el senado; es decir, que se había puesto por escrito y que tenía la forma de un objeto que podía transportarse.

El otro pertenece a la obra *De uiris illustribus*, atribuida a Aurelio Víctor, en el que se dice que el tratado en cuestión fue realizado según las leyes celtíberas, *in leges hostium*, y que fue “grabado”: *foedus percussit*.

Informaciones todas ellas que permiten concluir, como muy posible, que el tratado firmado por los numantinos con Mancino fue, en realidad, un epígrafe de bronce grabado en caracteres celtibéricos y redactado según las normas legales vigentes en Numancia. Es decir, que su aspecto pudo ser similar al de uno de los bronce indígenas de Botorrita.



Bronce de Botorrita I (Cara A) antes de su restauración (Foto: J. A. Duce)

Los senadores desoyeron los consejos de Marcelo, en quien habían perdido la confianza, y decidieron continuar la guerra y reclutar un nuevo ejército que pusieron al mando de Licinio Lúculo, un general que pronto se hizo famoso por su avaricia y crueldad. Pese a ello, mientras las nuevas tropas iban camino de Hiberia, Claudio Marcelo, un político muy experimentado y de gran prestigio, trató en privado con el jefe de la embajada enemiga que había ido a Roma y llegó a un acuerdo secreto con él. Según se deduce del texto de Apiano, aunque no se afirma con claridad en el texto griego, los rápidos acontecimientos que sucedieron a continuación habrían sido el resultado de esa negociación privada: los arevacos reforzaron Nertóbriga, la estratégica fortaleza del Jalón, con cinco mil soldados, lo que aseguraba su posición de fuerza al controlar el principal acceso a la región en guerra; y los celtíberos permitieron al ejército romano marchar libremente hasta Numancia para recibir allí la rendición de «bellos, titthos y arvacos» a cambio de dinero y rehenes, estos últimos rápidamente liberados por Marcelo. Apiano lo narra de la manera que sigue:

«Lúculo se puso en camino, y Marcelo anunció públicamente la guerra a los celtíberos y les devolvió sus rehenes como lo habían pedido. Después llamó a su lado al portavoz de los celtíberos en Roma y estuvo conferenciando con él en privado durante largo rato. En razón de esto, se empezó precisamente a sospechar ya entonces, y después fue confirmado en mayor medida por los acontecimientos pos-

teriores, que intentaba convencerles de que pusieran en sus manos sus asuntos, buscando con ansiedad dar fin a la guerra antes de la llegada de Lúculo. Después de esta entrevista, cinco mil arevacos ocuparon Nergóbriga, y Marcelo se puso en marcha hacia Numancia y acampó a una distancia de cinco estadios de ésta [1 km aprox.]. Persiguió a los numantinos acorralándolos en la ciudad y, finalmente, el jefe de éstos, Litennón, haciendo un alto, dijo a voces que quería reunirse con Marcelo para negociar. Cuando estuvieron reunidos, afirmó que los bellos, titthos y arevacos se ponían voluntariamente en manos de Marcelo. Éste, feliz por la noticia, exigió rehenes y dinero a todos ellos y, habiéndolos tomado, los dejó libres. De este modo, terminó la guerra de los bellos, titthos y arvacos antes de la llegada de Lúculo» (App. Hisp. 50).

Así acabó la contienda, con una rendición más formal que efectiva de los celtíberos rebeldes, pero compensada por el pago de una elevadísima indemnización de guerra: 600 talentos de plata (más de 16 toneladas), según dice Posidonio, una cantidad que esta vez sí fue un argumento de peso ante los senadores romanos, que ratificaron el acuerdo y permitieron que volviera la paz a la región.



Agua, plata, hierro y oro

Los pueblos celtíberos que se asentaron en el Sistema Ibérico eligieron bien su territorio, que de ninguna manera podía considerarse en aquella época pobre o poco favorecido. Por un lado, la región es abundante en ríos de caudal constante y gran pendiente, lo que ha facilitado tradicionalmente el aprovechamiento agrícola de las márgenes gracias a obras hidráulicas de poco coste; recuérdese que ya Marcial hablaba de dóciles corrientes de agua que riega, esto es, de acequias (12, 31).

Por otra parte, desde antiguo son famosos los yacimientos minerales del Moncayo y de Sierra Menera, donde hasta épocas recientes se han mantenido en explotación filones de plata y hierro. La importancia de tales yacimientos mineros en la Antigüedad queda bien reflejada en datos como esas dieciséis toneladas de plata con las que bellos, titthos y arevacos compraron la paz el año 151 a. C.; o también en los relatos antiguos que mencionan la calidad del hierro que se forjaba en Turiaso o Bilibilis. La propia fuerza militar de los pueblos celtibéricos habría sido impensable en aquella época para un pueblo que no hubiese contado con abundante mineral y con importantes herrerías.

Y no debe olvidarse el oro del Jalón, documentado en dos epigramas de Marcial que no dejan lugar a dudas: uno narra la emoción del poeta al volver a su tierra bilbilitana, y comienza *ducit ad auríferas quod me Salo celtiber oras* (10, 13), esto es, el celtíbero Jalón me lleva a las orillas auríferas; el otro es un relato de cómo pasaba Marcial los días en su ciudad natal, de la que dice: «Bílbilis, soberbia por su oro y por su hierro» (12, 18).



Forja antigua según la pintura de un vaso griego de figuras negras

DOS PASAJES DE LA GUERRA DE SERTORIO



Unos cincuenta años después de la Guerra de Numancia, que concluyó con la destrucción de esa ciudad en el 133 a. C., tuvo lugar otro conflicto que afectó a todo el antiguo territorio aragonés y del que ha quedado constancia escrita. El protagonista fue Quinto Sertorio, un general romano que durante las luchas civiles que se desataron en Roma en esa época decidió apoyar desde Hiberia al bando que había sido derrotado en la metrópoli y sublevar toda la Península contra el poder central. Este Sertorio hizo de Osca su capital y contó con el apoyo de numerosos pueblos hiberos, manteniendo una encarnizada lucha contra varios ejércitos que Roma envió contra él. De la historia de esta guerra, escrita originalmente por Salustio, posiblemente el mejor historiador de la Antigüedad, proviene un relato que recogió Livio sobre la captura de una ciudad celtíbera llamada Contrebia, que no puede identificarse con certeza con la localidad del mismo nombre que estuvo junto a Botorrita, aunque tampoco hay argumentos suficientes como para descartar esa posibilidad. Dice así el texto de Livio:

«Pero a la noche siguiente, estando él mismo [Sertorio] encargado de la guardia, se levantó otra torre en el mismo



*Equipo militar del legionario romano
(siglo II a. C.), según P. Connolly*

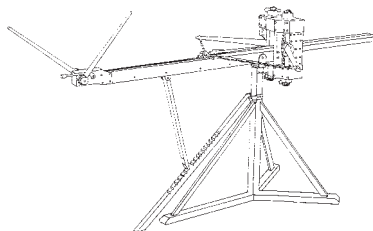
lugar, espanto para los enemigos cuando la divisaron a la luz del alba. Al mismo tiempo, la torre de la ciudad, que era su principal defensa, rotos sus cimientos, se derrumbó y empezó a arder. Aterrorizados a la vez por el temor al incendio y a la demolición, los habitantes de Contrebia huyeron de la muralla presos del pánico y toda la población pidió a grandes gritos que se enviaran parlamentarios para rendir la ciudad. El mismo valor que había provocado su cólera cuando asediaba la ciudad hizo más benévolo al vencedor. Después de recibir los rehenes, exigió una suma moderada de dinero y les tomó todas sus armas. En cuanto a los tráfugas, ordenó que se le entregaran vivos los que fueran hombres libres, y ordenó que a los desertores esclavos, cuyo número era mucho mayor, ellos mismos los ejecutaran;

así que los degollaron y arrojaron los cadáveres desde la muralla. La captura de Contrebia costó grandes pérdidas en hombres y tuvo lugar tras un asedio de cuarenta y cuatro días. Dejó allí al mando a L. Insteyo y él condujo sus tropas al Ebro, donde construyó sus cuarteles de invierno junto a la ciudad llamada *Castra Aelia* [¿Azaila?]¹ (Liv. 91 fragm.).

A continuación, el relato describe cómo organizó Sertorio a las ciudades aliadas para reunir pertrechos durante el invierno y para fabricar armas. Y luego explica los planes del general para la campaña del siguiente año contra los berones (en La Rioja), en la que se identifican claramente las menciones a Borja y Cascante:

«Decidió avanzar con su ejército contra los berones y autrigones, quienes con frecuencia, según había comprobado mientras asediaba las ciudades de Celtiberia durante el invierno, habían implorado ayuda de Pompeyo y le habían enviado guías para mostrar el camino al ejército romano; además, en muchas ocasiones sus jinetes habían hostigado a sus propios soldados durante el asedio de Contrebia, cuando éstos salían del campamento para forrajear o para reunir trigo [...]. Sertorio condujo su ejército a través de una región pacífica situada más allá del Ebro, sin ser atacado y sin causar el menor daño. Desde allí, se dirigió contra las tierras de los bursaones [Borja], de los cascantinos [Cascante] y de los graccuritanos, y tras haberlas devastado y asolado sus cosechas llegó junto a Calagurris Nasica [Calahorra], ciudad de los aliados, donde acampó tras cruzar el río cercano a la ciudad por un puente que él mismo hizo

construir. Al día siguiente envió al cuestor M. Mario a los arvacos y a los cerindones para reclutar soldados entre esos pueblos y para transportar el trigo que pudieran reunir a Contrebia Leucade [¿Inestrillas?]: más allá de esa ciudad se encontraba un paso cómodo para salir del territorio de los berones, fuera cual fuese la región a la que quisiera dirigirse. Envío también a Segovia, entre los vacceos, a C. Insteyo, su prefecto de caballería, para reclutar jinetes, con orden de esperarle en Contrebia. Una vez partieron sus oficiales, él fue a establecer su campamento en la frontera del país de los berones, tras atravesar el territorio de los vascones. Al día siguiente llegó ante Vareia [Varea, junto a Logroño], la ciudad mejor fortificada de esta región [...]

 (Liv. 91 fragm.).

Los celtíberos tras la conquista romana

No debe pensarse que los celtíberos fueron aniquilados con la conquista romana. La desaparición de una población nativa pocas veces tiene lugar en el transcurso de la historia, y lo que ocurre es más bien un proceso de asimilación progresiva. Los celtíberos siguieron viviendo en sus

tierras y fueron perdiendo en el curso de los años lo que podría calificarse como sus señas de identidad, entre ellas su lengua y sus costumbres más peculiares.

Hay algunos pasajes en los autores antiguos que muestran bien ese proceso; uno es de Estrabón, en el que se explica que los celtíberos y los habitantes de las dos orillas del Ebro se habían vuelto extremadamente pacíficos y que habían adoptado un modo de ser y una imagen muy similares a las de los itálicos, incluso por la costumbre de vestir la toga (3. 4, 20). Algunas antiguas peculiaridades, sin embargo, pervivieron, y la habitual rudeza de este pueblo fue proverbial durante bastante tiempo; de ella se hace eco, por ejemplo, un famoso epigrama de Marcial que fue escrito ya bien entrado el siglo I de la era y que dice como sigue.

«Gloriándote tú de ser munícipe de Corinto, Carmenio, sin que nadie te contradiga, ¿por qué me llamas hermano, yo que procedo de hiberos y celtas, y soy ciudadano del Tajo? ¿Acaso nos parecemos en la cara? Tú andas brillante de perfumes con tu cabellera rizada, yo llevo desgredada mi pelambrea de español; tus miembros aparecen lisos merced a la pasta depilatoria, que te aplicas todos los días, mis piernas y mis mejillas están erizadas de pelos; tu boca balbucea y tu lengua no tiene fuerza, mis intestinos hablan con más vigor; no es tan diferente la paloma del águila, ni el furioso león de la tímida gacela. Por tanto, deja de llamarme hermano si no quieres, Carmenio, que te llame hermana» (Mart. 10. 65).

LAS INSCRIPCIONES DE BOTORRITA



Los hallazgos de Botorrita, que se comentarán a continuación, han sido el principal motivo de la revitalización de los estudios célticos en España, y también la razón de que se hayan recuperado plenamente las antiguas teorías de que los celtíberos eran gentes celtas, esto es, poblaciones relacionadas con la Europa del otro lado del Pirineo.

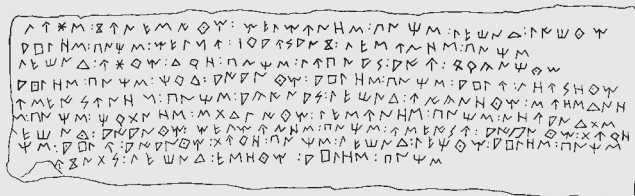
El yacimiento citado ha resultado ser, además, una prueba palpable de que los restos de cultura material son una ayuda que no es siempre del todo fiable para el estudio de los pueblos antiguos. Hasta que se reconoció la lengua celta en que estaba escrito el primer bronce de Botorrita, todos los investigadores rechazaban el celtismo de los antiguos pobladores del valle del Huerva por los hallazgos arqueológicos que allí se realizaban, que no parecían responder a lo que se creía apropiado para un pueblo celtibérico.

La historia de este reciente auge histórico celta en España comenzó el 28 de abril de 1970, cuando la hoy catedrática de Prehistoria Teresa Andrés encontró lo que se ha venido en llamar el primer bronce de Botorrita, por aquel

entonces la más larga inscripción escrita en la lengua de los antiguos celtas de Hiberia. Pasaron varios años y fueron diversas las interpretaciones propuestas para el texto grabado en esa tablilla metálica, que fue considerado de muy diferentes maneras. Para algunos, sobre todo desde el estudio de Javier de Hoz y Luis Michelena de 1974, pareció seguro que era una inscripción celta; pero otros defendieron que se trataba de un antiguo texto en lengua vasca. Las discusiones científicas cesaron en 1979, tras el hallazgo del segundo bronce de Botorrita, el latino, que estudió Guillermo Fatás y que demostró que el lugar donde se realizaban los hallazgos era la antigua Contrebia, así como que sus habitantes fueron celtas, según la hipótesis que se había planteado tras el estudio del anterior epígrafe.

El primer bronce de Botorrita

Son veinte líneas escritas con los habituales caracteres semisilábicos, tan frecuentes en numerosas inscripciones de la Península. Aunque han sido muchos los intentos de traducir el texto, todavía no hay una interpretación segura del mismo, salvo en una cosa que sí queda clara: el epígrafe lo firman, o lo garantizan, quince personas, encabezadas por un Abulu Ubocum, casi todas ellas llamadas «pintis», una expresión similar al «pymtheg» documentado en galés con la yuxtaposición de dos numerales: «pym», cinco, y «theg», diez, esto es, quince. De aquí que pueda deducirse que el senado contrebiense pudo estar formado por quince miembros, y que



Bronce de Botorrita I (cara B) según el dibujo publicado por A. Beltrán

éstos recibieran una denominación tomada de su propio número (como el duoviro romano). Los nombres de algunos de esos firmantes eran los que siguen:

Λ ↑ * Μ : Σ ↑ Ν Β Μ Ν Δ Ψ : Υ Β Λ Υ ↑ Ν Η Μ : Π Ν Ψ Μ

Lubos Counesicum Melmunos, pintis

Υ Β Ε Γ Μ ↑ : Ι Ο Ρ Γ Σ Ρ Μ Σ : Λ Ε Μ ↑ Ν Η Μ : Π Ν Ψ Μ

Melmu Barausanco Lesunos, pintis

Λ Ε Ψ Μ Δ : ↑ * Δ Ψ : Δ Θ Η : Π Λ Ψ Μ

Letondu Ubocum Turo, pintis

El orden nominal, según los paralelos que pueden verse en otras inscripciones, sería el de nombre propio en primer lugar, luego el grupo familiar (la Casa) y, por último, el nombre del padre en genitivo. Pueden parecer muy extrañas esas denominaciones, pero se hacen un poco más comprensibles si se tiene en cuenta que la relación entre ese «Melmu» y el

apellido «Melmunos» es la misma que entre los actuales Sancho y Sánchez (esto es, «hijo de Sancho»); o que ese «Lubos» es una forma muy antigua del moderno Lope, ambos con el significado de «lobo».

El hallazgo del primer bronce fue importante, pero el del segundo, que se hizo pronto famoso en todo el mundo y al que se conoce como el Bronce de Contrebia, lo fue todavía más: la inscripción que llevaba escrita estaba en latín, se databa perfectamente el 15 de mayo del año 87 a. C., y narra el proceso judicial que se había seguido en la antigua ciudad de Contrebia Belaisca por un conflicto de aguas entre dos pueblos vecinos. Es decir, había aparecido en Aragón el más antiguo pleito hidráulico conocido.

Los protagonistas del bronce fueron el senado de la ciudad de Contrebia, la predecesora de la actual Botorrita, el lugar donde aparecen los bronce; los salluienses, habitantes de la Salluie que estaba donde luego se edificó Cesaraugusta; los allavonenses, que fueron los habitantes de la antigua Alagón; y los sosinestanos, un pueblo éste de ubicación desconocida, pero muy posiblemente situado sobre el Jalón, aguas arriba de Allavona, quizá en torno a Grisén, o entre ese río y Zaragoza, en torno a la actual Pinseque. El motivo del juicio fue decidir si los salluienses podían construir una acequia a través del territorio sosinestano, pese a la opinión contraria de los allavonenses.



Bronce de Contrebia (Foto: Archivo CAI)

«Sean jueces quienes del senado contrebiense se hallaren presentes. Si resulta probado que el terreno que los salluienses compraron a los sosinestanos para construir una canalización o hacer una traída de aguas —de cuyo asunto se litiga—, lo vendieron los sosinestanos con pleno derecho a los salluienses, contra la voluntad de los allavonenses. [...] Si sentenciaran que los salluienses podían hacer la canalización, que los salluienses paguen entonces corporativamente por el campo privado por el que será conducida la canalización, de acuerdo con el arbitraje de cinco que la magistratura designe de su senado. Sancionó aprobatoriamente este procedimiento judicial Cayo Valerio Flacco, hijo de Cayo, general en jefe. Manifestaron esta opinión: «Puesto que poseemos la facultad de juzgar, fallamos, en el asunto de que se litiga, a favor de los salluienses». Cuando este asunto fue juzgado, éstos fueron los magistrados contrebienses: Lubbo, de los Urdinos, hijo de Letondo, pretor. Lesso,

de los Sirisos, hijo de Lubbo, magistrado. Babbo, de los Bolgondisos, hijo de Ablón, magistrado. Segilo, de los Annios, hijo de Lubbo, magistrado. _ato, de los _ulovios, hijo de Uxentio, magistrado. Ablón, de los Tindilios, hijo de Lubbo, magistrado. La causa de los salluienses la defendió _assi, hijo de _eihar, salluiense. La causa de los allavonenses la defendió Turibas, hijo de Teitabas, allavonense. Actuado en Contrebia Balaisca [sic], en los Idus de mayo, siendo cónsules Lucio Cornelio (Cinna) y Gneo Octavio. [El 15 de mayo del año 87 a. de C.]

(Trad. G. Fatás)

CONTREBIA BELAISCA

(BOTORRITA, ZARAGOZA)

II

TABULA
CONTREBIENSIS



Guillermo Fatás
Universidad de Zaragoza

La interpretación del pleito no da lugar a muchas dudas. Dado que los beneficiados eran los de la antigua Salluie y los perjudicados los de Allavona, está claro que se trataba de una obra pensada para tomar agua del Jalón y, probablemente, regar tierras salluitanas en la ribera derecha del Ebro. Una obra de esas características habría requerido la construcción de un azud aguas arriba de Allavona, lo que podía perjudicar su abastecimiento y explicaría la denuncia. Téngase en cuenta que tomar agua del Ebro es tarea que sólo ha sido posible en época moderna (si exceptuamos ingenios mecánicos como las norias), ya que lo dificulta el escaso desnivel del cauce y el alto costo de construir una presa en el río debido a su anchura, al elevado caudal y a las frecuentes avenidas.

El bronce latino, por tanto, es un valioso testimonio que demuestra la preocupación que ya desde antiguo tuvieron los habitantes del valle del Ebro por las obras hidráulicas. Pero, además, este epígrafe da también fe de cómo una antigua ciudad celtibérica en la primera mitad del siglo I ejercía la función de capital de la comarca, el lugar donde se administraba justicia; y también atestigua cómo estaba dotada esa ciudad de una elaborada estructura de gobierno, con un pretor y un senado que era capaz de actuar como una verdadera corte de magistratura.

A esas novedades históricas que proporcionaron los bronces se añadió otra poco después, durante la excavación de 1981, y fue el hallazgo en ese mismo yacimiento



Edificio de adobes porticado del Cabezo de Las Minas de Botorrita, acrópolis de la antigua Contrebia Belaisca

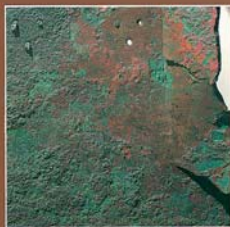
del gran edificio de adobes y porticado con columnas cilíndricas, una construcción singular, de indudable función pública y del que es muy difícil encontrar paralelos.

Los dos epígrafes y el edificio porticado configuraron un conjunto digno de la atención de todos los arqueólogos e historiadores de la Antigüedad. Era una gran novedad que un yacimiento de tan pobre apariencia, y cuyos restos materiales no parecían celtas, hubiera proporcionado un bronce con un texto tan extenso en lengua celtibérica, otro con un documento jurídico en latín de un valor histórico

excepcional, y, por fin, ese gran edificio de adobes, construcción extraña e inusual donde las hubiera.

El tercer bronce, hallado en octubre de 1992, fue, por un lado, la constatación de que Contrebia Belaisca es un excepcional yacimiento del que todavía cabe esperar grandes novedades, y que por ello merece toda la atención que puedan ofrecerle investigadores y gobernantes. Pero, por otra parte, fue en cierta manera una decepción. El texto, muy extenso, estudiado por un equipo que dirigió Francis-

**EL TERCER BRONCE
DE BOTORRITA
(CONTREBIA BELAISCA)**



Francisco Beltrán
Javier de Hoz
Jurgen Untermann

co Beltrán, resultó ser una lista de más de doscientos nombres de persona, precedidos de cuatro líneas de texto que no ha sido posible traducir.

Las posibilidades de descifrar escrituras y lenguas antiguas, de no existir una inscripción bilingüe o trilingüe (como la famosa piedra de Rosetta que permitió desentrañar los antiguos textos egipcios), están en directa relación con el número de textos que se hayan conservado: a más textos, más posibilidad de averiguar su significado. De ahí la escasa utilidad de haber encontrado un listado de nombres, que son información de poco valor para rastrear estructuras gramaticales o para avanzar en la confección de un vocabulario celtibérico.

Un cuarto bronce de pequeño tamaño, también en caracteres celtibéricos, fue hallado en 1994 por José María Oliete y se encuentra actualmente en proceso de estudio.

CONTREBIA BELAISCA

Plan Director y últimas excavaciones

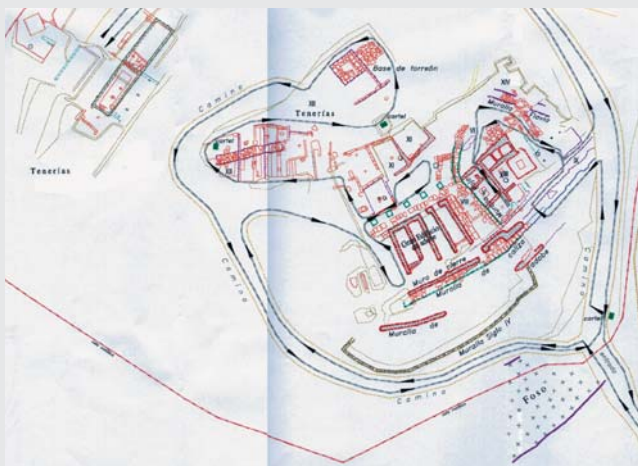
(por María Antonia Díaz y Manuel Medrano)

El Plan Director de Contrebia Belaisca fue encargado por el Gobierno de Aragón y concluyó su redacción en 1999. En él se delimita la extensión total del yacimiento arqueológico, que ocupa 32 ha, y se recopilan todas las fuentes históricas que se refieren a la ciudad, la historia de las investi-

gaciones y toda la bibliografía sobre ella y sus materiales arqueológicos. Diseña también un plan de intervenciones y una memoria económica que tiene el objetivo de adecuar el yacimiento para su visita por el público, una labor que ya se ha comenzado en el año 2000, y que incluye el proyecto de construcción de un Centro de Interpretación y la continuación de los trabajos arqueológicos.

Los dos últimos años de excavación han puesto a la luz un potente sistema defensivo, que constaba de un foso que se encuentra nada más acceder al yacimiento desde el camino y va adquiriendo un sesgo curvado, en un trazado aproximadamente paralelo al Cabezo de las Minas y la muralla del siglo IV a. C. que se aprecia a continuación. Está tallado en la roca caliza natural del terreno, y se aprovechó como cantera de piedras para las construcciones de Contrebia. Tiene 14 m de ancho y una profundidad de 3 m en la zona exterior y de 5 m en el lado próximo a la muralla, un desnivel que sin duda facilitó la defensa y el derribo de las pasarelas de asedio. Estaba defendido por un Campo de Frisa, constituido por un gran número de piedras achatadas por un extremo, que se hincaba en el suelo, y puntiagudas por el otro, cuyo objetivo era entorpecer el ataque de la caballería o de la infantería.

En el fondo del foso se colocaron estacas de madera, de las que se han hallado algunos fragmentos y, especialmente, sus huellas circulares en el terreno. La excavación de su interior mostró un relleno constituido por piedras de la mura-



Plano de la acrópolis de Contrebia Belaisca (Botorrita), según levantamiento planimétrico de Felipe Jiménez

lla del siglo IV a. C. y abundantes cantos rodados procedentes de otras construcciones, todo ello como consecuencia de la demolición de las defensas. También se encontraron once bolas de catapulta.

Tras superar el Campo de Frisa y el foso, los atacantes se encontraban con una muralla de cuyo lienzo ya se han excavado 46 m y que gira en ángulo, acodándose, tanto en su extremo oriental como en su extremo occidental, delimitando un espacio que envuelve el gran edificio de adobe por el sur,

yendo a unirse con la muralla de grandes sillares de caliza que actúa como base del muro meridional del edificio citado. La altura conservada de esta estructura es de más de 2 m, aunque se estima que debió de alcanzar entre 4 y 5 m.

Se delimitó también una pequeña torre en la esquina más sudoriental de las fortificaciones del cabezo, cuya fundación debe de corresponder, como en el caso de las estructuras más antiguas de este tipo, a finales del siglo V o principios del IV a. C., proporcionando en su estrato más antiguo, estrictamente, materiales cerámicos indígenas o de tradición de la I Edad del Hierro.

El yacimiento sigue proporcionando interesantísimos materiales, entre los que destaca una lanza de bronce que se halló en una zona del Cabezo de las Minas donde apareció abundante armamento de tipo celta, pero todo en hierro, como es habitual en esta época. La lanza de bronce no es de combate o caza, sino ritual, y se trata de un símbolo de jefatura militar y/o religiosa cuyo valor histórico es extraordinario.



Bola de catapulta de Botorrita con inscripción celta (Foto: Arxeos)

BIBLIOGRAFÍA



FUENTES

Quien desee ampliar las lecturas de los autores antiguos que aquí se han mencionado, debe consultar:

- APIANO: *Historia romana, 1*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1980; traducción de A. Sancho. De este libro proceden las traducciones que se han utilizado para los pasajes de esta obra.
- DIODORO SÍCULO: *España en la Biblioteca Histórica de Diodoro Sículo*, Universidad de Granada, 1976; traducción de M^a N. Muñoz.
- ESTRABÓN: *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Estrabón*, Colección Austral, Madrid 1945 (numerosas reimpresiones), estudio y traducción de A. García Bellido. Pese a su antigüedad, esta obra, y la que se cita a continuación, siguen siendo el mejor medio para acercarse a la Historia antigua de España.
- PLINIO: *La España del siglo I de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Colección Austral, Madrid, 1947 (numerosas reimpresiones), estudio y traducción de A. García Bellido.
- PTOLOMEO: *Fontes Hispaniae Antiquae, 7. Hispania antigua según Pomponio Mela, Plinio el Viejo y Claudio Ptolomeo*, Universidad de Barcelona, 1987; traducción de V. Bejarano.

—FATÁS, Guillermo: *Antología de textos para el estudio de la Antigüedad en el territorio del Aragón actual*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1993.

Sobre los bronce de Botorrita:

—BELTRÁN, A. y TOVAR, A.: *Contrebia Belaisca, 1. El bronce con alfabeto «ibérico» de Botorrita*, Universidad de Zaragoza, 1982.

—FATÁS, Guillermo: *Contrebia Belaisca, 2. Tabula Contrebiensis*, Universidad de Zaragoza, 1980.

—BELTRÁN, Francisco y otros: *El tercer bronce de Botorrita (Contrebia Belaisca)*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1996.

ESTUDIOS

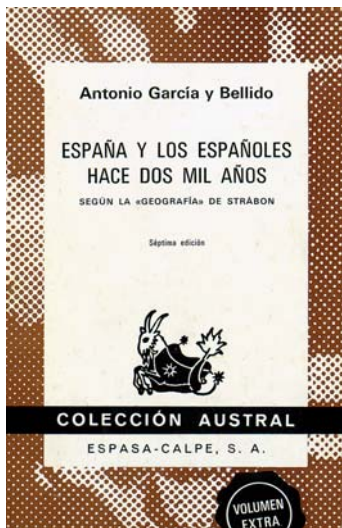
Se citan, a continuación, las obras más recomendables para profundizar en el tema:

—BURILLO, Francisco: *Los celtíberos. Etnias y estados*, Crítica, Barcelona, 1998. Es la más completa síntesis sobre el tema.

—CAPALVO, Álvaro: *Celtiberia. Un estudio de fuentes literarias antiguas*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1996. Un libro especializado en los textos griegos y latinos sobre la Celtiberia.

—FATÁS, Guillermo, y otros: *Los celtas en el valle medio del Ebro*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1989. Obra colectiva con numerosas ilustraciones.

—JORDÁN, Carlos: *Introducción al celtibérico*, Universidad de Zaragoza, 1998. El mejor estudio hoy disponible sobre la lengua celtibérica.



—LORRIO, Alberto: *Los celtíberos*, Universidad Complutense, Madrid, 1997. La visión desde los aspectos puramente arqueológicos.

—MARCO, Francisco: *Los celtas*, Biblioteca Historia 16, Historia 16, Madrid, 1990. Síntesis con una amplia visión sobre los estudios célticos europeos en su conjunto.

También son de interés:

—ANDREU, Javier: «Las comarcas de Borja y del Moncayo en época celtibérica», en *Cuadernos de Estudios Borjanos*, 41-42, pp. 111-238.

—ASENSIO, José Ángel: *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1995.

En Internet: las páginas dedicadas a Contrebia Belaisca por Manuel Medrano y María Antonia Díaz pueden consultarse en **<http://www.arxeos.com>**, de donde provienen algunas de las ilustraciones utilizadas en este libro.



56. **El arte rupestre en Aragón** • M^a Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín Fanlo
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón
74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra
76. **La fauna de Aragón** • César Pedrocchi Renault
77. **Opel España** • Antonio Aznar y M^a Teresa Aparicio
78. **La Feria de Muestras de Zaragoza** • Javier Rico Gambarte

79. **La jota aragonesa** • Javier Barreiro
80. **Los humedales en Aragón** • Jorge Abad y José Luis Burrel
81. **Los iberos en Aragón** • Francisco Burillo
82. **La salud en Aragón** • Luis I. Gómez, M. J. Rabanaque y C. Aibar
83. **Félix de Azara** • María-Dolores Albiac Blanco
84. **Las iglesias de Serrablo** • Equipo de Redacción CAI100
85. **La nieve en Aragón** • Salvador Domingo
86. **El aceite de oliva en Aragón** • Ángel Bonilla y Miguel Lorente
87. **El cuento oriental en Aragón** • M^a Jesús Lacarra
88. **Los Fueros de Aragón** • Jesús Delgado y M^a Carmen Bayod
89. **Aragón y los Fondos Europeos** • Elías Maza
90. **Las lenguas de Aragón** • M^a A. Martín Zorraquino y José M^a Enguita
91. **Cómo Teruel fue ciudad** • Equipo de Redacción CAI100
92. **Benjamín Jarnés** • José-Carlos Mainer
93. **José de Calasanz** • Asunción Urgel
94. **La imprenta en Aragón** • Miguel Ángel Pallarés y Esperanza Velasco
95. **La energía. Usos y aplicaciones en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
96. **Los Pirineos** • Equipo de Redacción CAI100
97. **Los celtas** • Álvaro Capalvo



98. **Ingenios, máquinas y navegación en el Renacimiento** • Manuel Silva y M^a Sancho Menjón
99. **Breviario de historia de Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
100. **La Corona de Aragón** • Esteban Sarasa